



NACIONALISMO

Todas las grandes naciones de Europa tienen sus víctimas
en otras partes del mundo

RABINDRANATH TAGORE



Novelista, músico, poeta y dramaturgo, Tagore fue además un feroz oponente del gobierno británico en la India. En esta obra analiza el resurgimiento de Oriente y el desafío que esto plantea a la supremacía occidental, y hace un llamamiento a un futuro más allá del nacionalismo basado en la cooperación y la tolerancia racial. A lo largo de la historia, algunos libros han cambiado el mundo. Han transformado la manera en que nos vemos a nosotros mismos y a los demás. Han inspirado el debate, la discordia, la guerra y la revolución. Han iluminado, indignado, provocado y consolado. Han enriquecido vidas, y también las han destruido.



Rabindranath Tagore

Nacionalismo

**Todas las grandes naciones de Europa tienen sus víctimas en
otras partes del mundo**

ePub r1.0
Titivillus 10.02.16

Título original: *Nationalism*

Rabindranath Tagore, 1920

Traducción: Federico Corriente & Sonia Chaparro

Editor digital: Titivillus

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2



El nacionalismo en Japón

I

La peor forma de esclavitud es la falta de esperanza, que encadena a los hombres a la pérdida de fe en sí mismos. Se nos ha dicho repetidamente, y no sin razón, que Asia vive en el pasado; que es como un mausoleo que despliega toda su magnificencia intentando inmortalizar a los muertos. De Asia se llegó a decir que nunca podría avanzar por la senda del progreso pues miraba indefectiblemente hacia el pasado. Nosotros aceptamos esa acusación y llegamos a creer que era cierta. Me consta que en la India gran parte de la población culta, harta de esta humillación, intenta engañarse a sí misma por todos los medios para convertir esa falta de fe en nosotros mismos en mera fanfarronería. Pero la jactancia no es sino vergüenza maquillada y en realidad no cree en sí misma.

Cuando los asiáticos, debidamente hipnotizados, empezábamos a creer que las cosas no cambiarían nunca, Japón despertó de su letargo, dejó rápidamente atrás la inercia de siglos y se puso a la altura de los mayores logros del presente. Japón ha roto el hechizo que nos había mantenido aletargados durante siglos y nos hizo creer que era lo normal para ciertas razas que vivían dentro de ciertos límites geográficos. Habíamos olvidado que en Asia se fundaron grandes imperios en los que florecieron la filosofía,

las ciencias, las artes y la literatura, y que fue la cuna de todas las grandes religiones del mundo. Por tanto, no puede decirse que haya algo inherente a su suelo o a su clima que inhibe la actividad mental y atrofia las facultades que impulsan el progreso humano. Mientras Occidente dormitaba en la oscuridad, Oriente mantuvo viva la llama de la civilización durante siglos, lo que difícilmente puede considerarse un signo de estrechez de miras o de mentes embotadas.

Y luego cayó la oscuridad de la noche sobre todas las tierras de Oriente. El curso del tiempo pareció detenerse y Asia dejó de ingerir alimentos nuevos y empezó a nutrirse de su pasado, lo que equivalía a devorarse a sí misma. Era una quietud propia de la muerte, y acalló la gran voz que, como el océano de aire que endulza la tierra y la purifica sin cesar, pregonaba mensajes de verdad eterna que han salvado a la vida humana de la contaminación durante generaciones.

En la vida hay fases de sueño, periodos de inactividad en los que esta se detiene, no ingiere nuevos alimentos y vive de sus reservas. En esos momentos está indefensa, sus músculos se relajan y se sume en un aletargamiento que se presta fácilmente a las burlas. Para que la vida pueda renovarse, debe haber pausas. Consume continuamente su propia actividad, quemando todo el combustible a su disposición. Ahora bien, como este derroche no puede prolongarse indefinidamente, siempre le sigue una fase pasiva, en la que cesa todo gasto de energía y se dejan de lado las aventuras para favorecer el reposo y una recuperación paulatina.

La mente tiende por naturaleza a economizar; adora formar hábitos y moverse por surcos que le ahorran el esfuerzo de tener que volver a pensar cada uno de los pasos que da. Los ideales, una vez engendrados, la tornan perezosa, ya que teme arriesgar sus conquistas emprendiendo nuevas aventuras. Intenta gozar de una seguridad completa ocultando sus pertenencias tras la fortaleza de sus hábitos. Pero, al hacerlo, se niega a sí misma el pleno disfrute de sus posesiones y se vuelve mezquina. Los ideales vivos no deben perder el contacto con una vida que cambia y evoluciona perpetuamente; su libertad no consiste en mantenerse dentro de los límites de la seguridad, sino en aventurarse por la arriesgada senda de las nuevas experiencias.

Un buen día, Japón sorprendió al mundo entero derribando en una sola noche los muros de sus viejos hábitos y emergiendo triunfante de entre los escombros. Lo hizo en tan poco tiempo que más parecía un cambio de decorado que una estructura nueva. Hizo gala a la vez de la serena energía de la madurez y de la frescura y el potencial infinito de lo nuevo. Se temió que pudiera tratarse de una anomalía histórica, de un juego infantil del Tiempo, del estallido de una pompa de jabón, perfecta en su redondez y colorido pero hueca y carente de sustancia. Sin embargo, Japón ha demostrado de forma concluyente que la súbita revelación de su poder no es un milagro efímero, un producto del azar arrojado a la playa por la marea del tiempo desde la más profunda oscuridad y destinado a sumergirse de nuevo, en un instante, en el mar del olvido.

Lo cierto es que Japón es antiguo y nuevo a la vez. Tiene como legado ancestral la cultura de Oriente, que encarece a los hombres a buscar en su interior la auténtica riqueza y el verdadero poder, que les permite dominarse ante la pérdida y el peligro, que les lleva a sacrificarse sin tener en cuenta los costes ni la esperanza de obtener beneficios, a desafiar a la muerte o a aceptar las innumerables obligaciones que nos impone nuestra naturaleza social. En resumidas cuentas, el Japón moderno ha brotado del Oriente inmemorial con la grácil sencillez de la flor de loto que permanece firmemente arraigada en las profundidades de las que surgió.

Pero este retoño del antiguo Oriente también ha adoptado sin miedo los logros de la Edad Moderna. Ha demostrado su audacia saliendo del confinamiento creado por los hábitos, esas inútiles acumulaciones de la mente perezosa, que busca seguridad en el ahorro, en cerrojos y en llaves. Japón ha entrado en contacto con el tiempo vivo y ha aceptado con ilusión y talento las responsabilidades que conlleva la civilización moderna.

Al hacerlo ha alentado al resto de Asia. Hemos comprendido que tenemos vida y energía en nuestro interior y que sólo debemos eliminar la costra muerta que las recubre para llegar a ellas. Hemos aprendido que refugiarse en los muertos equivale a morir, y que sólo se vive cuando se asume plenamente el riesgo de vivir.

Por mi parte, no puedo creer que Japón se haya convertido en lo que es imitando a Occidente. La vida no admite imitaciones y la fuerza no se

puede simular por mucho tiempo. Es más, la mera imitación es una fuente de debilidad, pues inhibe nuestra auténtica naturaleza y se acaba convirtiendo en un obstáculo. Es como si al recubrir nuestro esqueleto con la piel de otro hombre, los roces continuos entre esa piel y nuestros huesos dificultaran cada uno de nuestros movimientos.

Lo cierto es que la ciencia no forma parte de la naturaleza humana, pues sólo es saber y experiencia. El conocimiento de las leyes que rigen el universo material no altera la esencia de nuestra humanidad. Se puede tomar prestado el conocimiento adquirido por otros, pero no su temperamento.

En la fase imitativa de la escolarización no somos capaces de distinguir entre lo que es esencial y lo que no, entre lo que es transferible y aquello que no lo es. Esto recuerda a la fe de la mente primitiva en las propiedades mágicas de las formas accidentales externas que envuelven ciertas verdades. Al dejar de lado la cáscara de la almendra tememos que se pierda algo valioso y eficaz. Y aunque nuestro apetito se deleite en la apropiación, nuestra naturaleza tiende a la asimilación, la única forma de apropiación válida para un organismo vivo. Allí donde surge la vida, esta se afianza aceptando o rechazando según sus necesidades constitutivas. El organismo vivo no se fusiona con su alimento, lo transforma en su propio cuerpo. Sólo así se hace fuerte, no por mera acumulación de posesiones o renunciando a su identidad.

Japón ha importado alimentos de Occidente, pero no su naturaleza. No debe perderse en una fusión con la parafernalia cientifista que ha adquirido de Occidente y convertirse en una máquina ajena a sí misma. Tiene un espíritu propio que tenderá a afirmarse según sus requerimientos. La vigorosa energía que exhibe ha demostrado que el proceso de asimilación está en marcha. Espero de todo corazón que el orgullo que le puedan deparar sus adquisiciones extranjeras nunca lleve a Japón a perder la fe en su propio espíritu. Pues ese orgullo no es sino una humillación que, en último término, conduce a la debilidad y la pobreza. Aquel que se enorgullece más de su sombrero que de su cabeza es un petimetre.

El mundo entero está pendiente de lo que sucede en esta gran nación oriental y de lo que será capaz de hacer con las oportunidades y

responsabilidades modernas que ha asumido. Si se acaba convirtiendo en un mero remedo de Occidente, la gran expectación que ha suscitado habrá sido en vano, pues Occidente ha expuesto al mundo graves cuestiones para las que no ha sido capaz de hallar soluciones, a saber: conflictos entre individuo y Estado, entre trabajo y capital, entre hombres y mujeres; la disyuntiva entre el afán de prosperidad material y la vida espiritual, entre el egoísmo organizado de las naciones y los ideales más elevados de la humanidad; el conflicto entre las feas complejidades inherentes a las grandes organizaciones estatales y de comercio y los instintos naturales del hombre, que exigen sencillez, belleza y ocio. Debemos armonizar todos estos elementos de una forma que no hemos vislumbrado ni en sueños.

Hemos visto cómo esta gran corriente civilizadora se asfixiaba entre los desechos arrastrados por sus innumerables afluentes. Hemos visto cómo, a pesar de su supuesta preocupación por la humanidad, se ha convertido en una amenaza mucho peor para el hombre que los súbitos brotes de barbarie nómada que la humanidad lleva padeciendo desde los inicios de su historia. Hemos visto cómo, a pesar de sus estridentes alardes a favor de la libertad, ha acabado generando formas de esclavitud mucho peores que las de las sociedades antiguas y cuyas cadenas son irrompibles, bien porque son invisibles, bien porque adoptan los nombres y la apariencia de la libertad. Hemos visto cómo los hombres, cautivados por un sórdido hechizo, han perdido la fe en los ideales de vida heroicos que les hicieron grandes.

Por lo tanto, no podemos aceptar alegremente los ideales de la civilización moderna ni todas sus tendencias, métodos y estructuras asumiendo que son inevitables. Debemos tener en cuenta nuestra mentalidad oriental, nuestra fortaleza espiritual, nuestro amor a la simplicidad y nuestro reconocimiento de las obligaciones sociales. Hemos de abrir nuevas vías a este pesado vehículo del progreso que chirría estridentemente al avanzar. Hemos de reducir al mínimo el inmenso sacrificio de vidas humanas y libertad que exige en todo momento. Hemos sentido, pensado y trabajado, hemos disfrutado de nuestro legado reverenciándolo durante generaciones y no podemos desprendernos de él como quien se muda de ropa. Lo llevamos en la sangre, en nuestras carnes y en los tejidos de nuestros cerebros. Tiene que modificar todo lo que pasa

por nuestras manos, aunque no seamos conscientes de ello, aun en contra de nuestra voluntad. Hubo un tiempo en el que solucionaban ustedes los problemas de los hombres a su entera satisfacción, en el que tenían una filosofía de vida y desarrollaron su propio arte de vivir. La situación actual exige crear algo nuevo que no sea una mera repetición. Deben ustedes ofrecer orgullosamente al mundo lo que el espíritu de su pueblo sea capaz de crear para contribuir al bienestar humano. De entre todos los países de Asia, es en Japón donde disponen de mayor libertad para utilizar los materiales adquiridos de Occidente atendiendo a su temperamento y sus necesidades. Al hacerlo asumen una gran responsabilidad, pues Asia responderá con la voz de Japón a las cuestiones planteadas por Europa en el debate sobre la humanidad. En su país se realizarán experimentos que contribuirán a que Oriente modifique ciertos aspectos de la civilización moderna infundiéndole vida a esa máquina que ha reemplazado al corazón humano por el frío interés y concediendo menos importancia al poder y al éxito que a un desarrollo armonioso, que a la verdad y la belleza.

No puedo dejar de recordarles aquellos días en los que todos los pueblos de Asia oriental, de Borneo a Japón, mantenían con la India los más cordiales lazos de amistad, que es el único vínculo natural entre las naciones. Existía una comunicación viva, de corazón a corazón, y un sistema nervioso que permitía transmitir mensajes acerca de las necesidades más profundas de la humanidad. No nos temíamos mutuamente, no nos armábamos para mantenernos a raya, no nos movía el interés ni queríamos explorar para robarnos unos a otros. Intercambiábamos ideas e ideales, nos ofrecíamos y recibíamos presentes que reflejaban el amor más sublime. Las diferencias de lengua y costumbres no impedían la unión de nuestros corazones. Carecíamos de orgullo racial, ninguna insolente noción de superioridad, física o mental, empañaba nuestras relaciones. Gracias a la luz que manaba de la unidad de nuestros corazones brotaron hojas y flores de nuestras artes y nuestra literatura. Razas de países diferentes que hablaban lenguas distintas y tenían historias diversas reconocían la unidad última entre todos los hombres y el vínculo más profundo, el del amor. Recordemos también que, en aquellos días de paz y buena voluntad en que los hombres se unían para servir a los fines supremos de la vida, su

naturaleza descubrió el bálsamo de la inmortalidad que ha permitido a su pueblo renacer en esta nueva era y sobrevivir a las antiguas y gastadas estructuras y adoptar un cuerpo nuevo y joven, para emerger indemne de la conmoción de la revolución más maravillosa que nunca se haya visto.

La civilización política europea quiere invadir el mundo entero en exclusividad cual prolífica mala hierba. Siempre procura mantener a raya o exterminar a quienes son ajenos a ella. Posee tendencias carnívoras y caníbales, se nutre de los recursos de otros pueblos cuyo futuro intenta fagocitar. Siempre teme que otras razas logren cierta preeminencia e intenta frustrar todo síntoma de grandeza que detecte fuera de sus fronteras, manteniendo a las razas más débiles eternamente encadenadas a su debilidad. Antes de que esta forma de civilización política se volviera tan poderosa y abriera sus fauces para tragarse a los grandes continentes de la tierra hubo guerras, pillaje, cambios de monarquías y, por consiguiente, miserias, pero nunca habíamos visto una voracidad tan temible y desesperanzadora. Nunca habíamos asistido al espectáculo de las naciones devorándose unas a otras, ni a la aparición de máquinas tan inmensas con el fin de hacer picadillo grandes porciones de la Tierra. Aún no habíamos vislumbrado esas terribles envidias, provistas de espantosos dientes y garras, y dispuestas a abrirse en canal entre sí. Esta civilización política no es humana, es científica. Es poderosa porque, al igual que un millonario que se hace rico a costa de su alma, concentra toda su energía en lograr un único objetivo. Traiciona la confianza, teje redes de mentiras sin el menor asomo de vergüenza e idolatra en sus templos a gigantescos ídolos de la avaricia, enorgulleciéndose de los onerosos rituales del culto al que denomina patriotismo. Podemos profetizar, sin peligro de equivocarnos, que las cosas no podrán seguir así porque este mundo se rige por una ley moral que han de cumplir tanto los individuos como las comunidades humanas organizadas. Nadie puede violar esa ley en nombre de su nación y disfrutar al mismo tiempo de las ventajas que le depara ese incumplimiento. Estamos ante un auténtico síntoma de senilidad, ante una degradación pública de los ideales éticos que va calando lentamente en todos y cada uno de los miembros de la sociedad, incubando debilidad allí donde no se ve y generando una desconfianza cínica hacia todo lo que hay de sagrado en la

naturaleza humana. No debemos olvidar que esta civilización política, este credo del patriotismo nacional, apenas tiene recorrido histórico. La luz de la antigua Grecia se ha apagado en la tierra donde se encendió y el poder de Roma yace muerto y enterrado bajo las ruinas de su vasto imperio. En China y la India sigue viva una civilización que se basa en la sociedad y en los ideales espirituales del hombre, que aunque parezca débil y muy circunscrita según los criterios del poder mecánico de la época moderna, está repleta de pequeñas semillas de vida. Cuando llegue el momento, el cielo derramará sobre ella torrentes de gracia para que brote, crezca y extienda sus benéficas ramas repletas de flores y frutos. Sin embargo, ni siquiera la lluvia de Dios es capaz de hacer florecer las ruinas de los rascacielos del poder ni de recomponer la máquina rota de la avaricia, porque no pertenecían a la vida sino que atentaban contra ella en su conjunto. Son reliquias de la rebelión que se hizo añicos contra lo eterno.

Se dice que nuestros ideales orientales son estáticos, que nada nos impulsa por las nuevas sendas del conocimiento y el poder. Se afirma que los sistemas filosóficos que sustentan a las antiguas civilizaciones de Oriente permanecen firmemente anclados en su certeza subjetiva a despecho de todas las pruebas objetivas. Esto demuestra que, cuando sólo conocemos algo por encima, tendemos a adscribir vaguedad al objeto de nuestro conocimiento. A los ojos de un observador occidental, nuestra civilización parece pura metafísica, igual que a un sordo la interpretación de un pianista le parece mero movimiento de dedos y no música. Occidente no puede entender que hemos basado nuestras instituciones en un fundamento profundo de realidad.

Por desgracia, sólo la comprensión prueba lo que es real. La realidad que se desarrolla ante nuestros ojos depende de que podamos verla y resulta muy difícil explicar a un no-creyente que nuestra civilización no es un sistema nebuloso de especulaciones abstractas, sino que ha accedido a una verdad positiva capaz de dotar al corazón humano de refugio y sustento. Hemos desarrollado un sentido interno, una visión que nos permite ver la realidad infinita que se manifiesta en todas las cosas finitas.

El occidental dice: «Ustedes no progresan, no se mueven». Yo le pregunto: «¿Cómo lo sabe usted? El movimiento sólo se aprecia en relación

a una meta. Un tren avanza hacia su destino, pero un árbol no hace movimientos concretos de ese tipo: su progreso es el progreso interno de la vida. Vive y aspira a que la luz se refleje en sus hojas, y su savia circula sigilosamente».

Nosotros también llevamos viviendo siglos, aún vivimos y aspiramos a una realidad sin fin que se extienda más allá de la muerte y la dote de sentido, que esté por encima de todos los males del mundo, que encuentre la paz y la pureza en la alegre renuncia al yo. Los frutos de esta vida interior están vivos. Los necesitaremos cuando los jóvenes vuelvan a casa, cansados y cubiertos de polvo, cuando se hiera al soldado, cuando se derroche la riqueza y se humille el orgullo, cuando el corazón del hombre pida verdad a gritos entre la inmensidad de los hechos y la armonía entre tendencias opuestas. Su valor no reside en la multiplicación de los bienes materiales sino en la plenitud espiritual.

Hay cosas que no pueden esperar. Conviene apresurarse, correr y marchar cuando se ha de pelear u ocupar la mejor posición en el mercado. Tensamos los nervios y estamos alerta en busca de oportunidades que siempre penden de un hilo. Sin embargo, hay ideales que no juegan al escondite con nuestras vidas sino que crecen lentamente convirtiendo en flores las semillas y en frutos las flores que requieren de un espacio infinito y de luz celestial para madurar y sobrevivir a siglos de insultos y abandono. Oriente, que lleva en su seno siglos de luz solar y el silencio de las estrellas, puede esperar pacientemente hasta que Occidente pierda el aliento corriendo tras los recursos y se detenga. Europa se dirige a la lucha mientras observa con desdén, desde la ventana de su carruaje, al segador cosechando sus campos. Está tan intoxicada de velocidad que sólo aprecia su lentitud y lo considera un retrógrado. Pero la velocidad cesa y la lucha pierde su sentido. El corazón hambriento exige su alimento y acaba situándose junto al humilde segador que recoge su cosecha bajo la luz del sol. Porque si ni la oficina ni las compras y ventas ni el ansia de emoción pueden esperar, el amor, la belleza, la sabiduría implícita en el sufrimiento, los frutos de la devoción paciente y la reverente sumisión propia de la fe más sencilla, sí pueden. Oriente esperará hasta que llegue su momento.

No dudo en reconocer que Europa posee su grandeza. No podemos evitar amarla con todo nuestro corazón y rendirle el homenaje de nuestra admiración. El arte y literatura europeos son una fuente inagotable de belleza y verdad que ha fecundado a muchos países. El incansable y titánico espíritu de Europa ha explorado las cimas y profundidades del universo. Admiramos sus conocimientos sobre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño y que dediquen toda la energía de su gran intelecto y corazón a aliviar enfermedades y miserias humanas que, hasta ahora, nos conformábamos con aceptar con ánimo resignado porque no teníamos esperanza. Europa ha logrado que la tierra produjera más frutos de lo que en principio parecía posible, controlando las grandes fuerzas de la naturaleza y poniéndolas al servicio de la humanidad. Sin embargo, la grandeza ha de inspirarse en la fuerza espiritual, ya que el espíritu humano es el único capaz de superar todas las limitaciones, de confiar en el éxito más allá de lo inmediato y lo aparente, de sufrir el martirio por metas que no se alcanzarán en una vida y de aceptar el fracaso sin considerarlo como una derrota. Del corazón de Europa han brotado el amor más puro, el ideal de la justicia y la capacidad de autoinmolación por los ideales más elevados. Siglos de cultura cristiana han penetrado hasta su núcleo, apelando a mentes nobles que han defendido los derechos del hombre al margen de sus creencias religiosas o el color de su piel, que se han enfrentado a las calumnias y los insultos de su propia gente en la lucha por la causa de la humanidad, y elevado sus voces contra las locas orgías de militarismo, las brutales represalias y la rapacidad que, en ocasiones, se apoderan de un pueblo entero. Las personas nobles siempre están dispuestas a reparar los errores cometidos en el pasado e intentan contener el caudal de cobardes injusticias que fluye sin control porque la resistencia de los afectados es débil e inocua. Aún quedan caballeros errantes en la Europa moderna que no han perdido la fe en un amor desinteresado por la libertad, en ideales que no saben de fronteras geográficas ni de identidades nacionalistas. Son la prueba viviente de que la fuente de la inmortalidad aún no se ha secado en Europa, lo que la permitirá renacer una y otra vez. Europa perturba al cielo con sus iniquidades, atrayendo sobre sí la ira de Dios e infectando física y moralmente la faz de la Tierra con un comercio despiadado que daña irremediabilmente el

sentido humano de lo bello y lo bueno. Al buscar conscientemente el engrandecimiento de su propio poder entra en conflicto con su naturaleza más íntima y se burla de ella. Europa es benéfica en grado sumo cuando vuelve su rostro hacia toda la humanidad. Pero cuando sólo contempla sus propios intereses, utilizando todo su poderío y grandeza para fines opuestos a lo infinito y lo eterno que hay en el hombre, es sumamente malvada y maléfica.

Asia oriental ha seguido su propia senda, evolucionando en el seno de una civilización propia que no era tanto política como social, que no era depredadora ni mecánicamente eficiente, sino espiritual y basada en las relaciones variopintas y profundas que establecen los hombres entre sí. Ideamos soluciones a los problemas de los pueblos desde el aislamiento y las implementamos desde la distancia, de modo que ni los cambios dinásticos ni las invasiones extranjeras hicieran mella en ellos. Hoy, sin embargo, desbordados por el mundo exterior, hemos perdido nuestro aislamiento para siempre. No hay que lamentarlo, igual que una planta nunca debería lamentar que cese la oscuridad que precede al brote de la semilla. Ha llegado el momento de hacer nuestros los problemas del mundo, de buscar la armonía entre el espíritu de la civilización y la historia de todas las naciones de la Tierra. No debemos permanecer en la cáscara de la semilla por puro orgullo, ni bajo la corteza de la tierra que alimentó y protegió nuestros ideales. Pues tanto la cáscara como la corteza estaban destinadas a romperse para permitir que la vida floreciera en todo su esplendor y belleza y se ofreciera al mundo a plena luz del día.

Japón ha sido la primera nación de Asia que ha emprendido la tarea de romper las barreras y enfrentarse al mundo infundiendo esperanza en los corazones de toda Asia. Esa esperanza es el fuego oculto imprescindible para cualquier obra de creación. Asia siente que debe demostrar que está viva obrando; no puede seguir aletargada o, llevada por el miedo y la adulación, convertirse en un mal remedo de Occidente. Agradecemos al País del Sol Naciente su decisión y recordémosle solemnemente que tiene que cumplir la misión de Oriente: infundir la savia de una humanidad más plena en el corazón de la civilización moderna. No debe dejar que matorrales nocivos impidan que esa savia se eleve hacia la luz y la libertad,

hacia el aire puro y los espacios etéreos, donde pueda recibir la inspiración del cielo en el amanecer de sus días y la oscuridad de sus noches. Que la grandeza de los ideales de Japón sea tan visible para todos los hombres como la cima nevada del Fujiyama, que se eleva desde el corazón del país y parece perderse en el infinito, recortándose en el horizonte, dotado de la magnífica belleza de una doncella pero a la vez firme, fuerte y serenamente majestuoso.

II

He viajado por muchos países y he conocido hombres de todas clases, pero en ninguno de mis viajes he sentido tan claramente la presencia de lo humano como en Japón. Vi muchos signos del poder de los hombres en otros grandes países y organizaciones inmensas cuyo rasgo más característico era la eficacia. En esos países sorprenden la puesta en escena, la extravagancia en el vestir, el mobiliario y lo costoso de sus entretenimientos. Parecen relegarle a uno, como a un invitado pobre en un banquete; son capaces de dar envidia o de cortar el aliento de asombro. Allí uno no siente la supremacía del hombre, se ve arrojado contra un trasfondo de formidables objetos alienantes. Pero lo que prevalece en Japón no es la exhibición de poder o riqueza. Todo está lleno de símbolos de amor y admiración, no de ambición ni de avaricia. Es un pueblo que vive con el corazón en la mano volcándose en los utensilios más comunes de la vida cotidiana, en las instituciones sociales, en sus reglas de conducta, meticulosamente perfectas, y en sus relaciones con las cosas materiales, diestras y elegantes en todo momento.

Lo que más me ha impresionado de este país es la convicción de que ustedes han descubierto los secretos de la naturaleza, y no por medio del análisis sino de la empatía. Han asimilado su lenguaje de líneas, la música

de sus colores, la simetría de sus irregularidades, la cadencia que preside su libertad de movimientos. Han visto cómo coordina todos sus elementos evitando cualquier fricción, cómo los conflictos que contienen creaciones desembocan en danza y música; saben que su exuberancia no es mero exhibicionismo, sino que se asemeja a la plenitud del autoabandono. Han descubierto que la naturaleza cifra su poder en formas bellas y es esta belleza la que, como una madre, nutre fuerzas titánicas en su seno y las dota de un vigor activo pero sereno. Han comprobado que la energía de la naturaleza no se agota merced al ritmo de su gracia perfecta y que, con la suavidad de sus líneas curvas, elimina la fatiga de los músculos del mundo. He constatado cómo han logrado incorporar estos secretos a la vida cotidiana y que la verdad que contiene la belleza forma parte de sus almas. Se puede adquirir conocimiento de las cosas en poco tiempo, pero aprehender su espíritu requiere siglos de disciplina y autocontrol. Es mucho más fácil dominar a la naturaleza desde el exterior que conquistarla a través de la experiencia gozosa del amor, lo que sería propio de la verdadera genialidad. Su raza ha demostrado tener esa genialidad, no adquiriendo sino creando, no haciendo ostentación de las cosas materiales sino desvelando su ser interior. Este poder creativo existe en todas las naciones y moldea sin cesar la naturaleza humana con arreglo a sus ideales. Pero sólo ha triunfado aquí en Japón, y ha calado hondamente en las mentes de todos los hombres e impregnado sus músculos y nervios. Sus instintos se han vuelto certeros, sus sentidos se han agudizado y sus manos han adquirido una destreza natural. El genio de Europa ha dado a sus pueblos el poder de la organización, que se expresa sobre todo en la política, el comercio y la coordinación del conocimiento científico. Pero el genio de Japón les ha dotado a ustedes de la capacidad de percibir la belleza en la naturaleza y de la fuerza para plasmarla en su vida.

Toda civilización concreta interpreta experiencias humanas específicas. Europa ha sido muy consciente de los conflictos del universo, que sólo la conquista puede frenar. De ahí que siempre esté dispuesta a la lucha y pendiente de organizar sus fuerzas. Pero Japón ha percibido en su universo la huella de una presencia que evoca en su ánimo un sentimiento de reverencia. De ahí que no presuma de su dominio sobre la naturaleza sino

que le brinda amorosas ofrendas con infinita ternura y alegría. Su relación con el mundo surge de lo más profundo, del corazón. Ha establecido un vínculo de amor espiritual con las colinas de su país, con el mar y los riachuelos, con los bosques en plena floración y la variada fisonomía de sus ramas. Lleva en el corazón los susurros y suspiros de los montes y los sollozos de las olas. Los japoneses han analizado todas las modulaciones de luces y sombras generadas por el sol y la luna y cierran sus tiendas para saludar los cambios de estación en huertos, jardines y maizales. Esta apertura del corazón al espíritu del mundo no es privilegio de una fracción de las clases privilegiadas ni el resultado forzoso de una cultura exótica; pertenece a los hombres y mujeres de toda condición. En esta civilización, basada en las relaciones humanas, se ha encarnado la experiencia que para el alma supone encontrarse consigo misma en el corazón del mundo. Ustedes entienden que las obligaciones hacia el Estado se asemejan a los deberes filiales. Así, su nación se ha convertido en una gran familia cuya cabeza es el Emperador. Su unidad nacional no tiene sus orígenes en la camaradería de hermanos de armas unidos con fines ofensivos o defensivos, ni en la participación en expediciones de pillaje cuyos miembros comparten los peligros y el botín. No es el resultado de una necesidad de organización con fines ulteriores, sino que es una prolongación en el tiempo y el espacio de la familia y las obligaciones que conlleva. La base de su cultura es el ideal del *maitri* (amor), *maitri* hacia los hombres y la naturaleza, que tiene su máxima expresión en el lenguaje de la belleza, tan universal en estas tierras. Es lo que explica que un extranjero como yo, en lugar de envidiar o sentirse humillado por estas manifestaciones de belleza, estas creaciones del amor, quiera participar de la alegría y la gloria que conlleva semejante revelación del corazón humano.

De ahí que yo perciba casi como una amenaza personal el cambio que amenaza a la civilización japonesa. No hay mejor forma de evaluar la inmensa heterogeneidad de la era moderna, cuyo único vínculo común es la utilidad, que al contrastarla con la dignidad y el poder oculto de la belleza reticente del Japón.

El peligro reside en que la fealdad organizada tome la mente por asalto y se imponga gracias a su volumen, su agresiva pertinacia y su habilidad

para burlarse de nuestros sentimientos más profundos. Su fría impertinencia nos obliga a verla a la fuerza y abruma nuestros sentidos. Realizamos sacrificios ante su altar como si fuéramos salvajes que adorásemos unos fetiches que parecen tanto más poderosos cuanto más espantosos. De ahí que haya motivos para temer su rivalidad con las cosas modestas y profundas que poseen la sutil delicadeza de la vida.

Estoy seguro de que en su país hay hombres que no simpatizan con los ideales que ustedes han heredado del pasado, y cuyo objetivo es obtener ganancias, no crecer. Alardean ruidosamente de haber modernizado Japón. Aunque estoy de acuerdo con ellos en que el espíritu de la raza debe estar en consonancia con los tiempos, debo advertirles que modernizar no es tener pretensiones de modernidad, al igual que pretenderse poético no equivale a serlo. Es sólo mimesis, más ruidosa que el original y siempre excesivamente literal. Debemos tener presente que quienes hacen gala de un espíritu realmente moderno no precisan de modernización, al igual que quienes son realmente valientes no son fanfarrones. No se es moderno por vestir a la europea, ni por internar a los niños en las espantosas instituciones donde estudian, ni por tener viviendas cuadradas de paredes lisas perforadas con hileras paralelas de ventanas tras las que encerrarse de por vida. Evidentemente la modernidad tampoco está en los incongruentes sombreros de sus señoras, que no son modernos, sólo europeos. La auténtica modernidad implica libertad de espíritu, no la esclavización del gusto. Es autonomía de pensamiento y acción, no sumisión a la tutela de unos maestros de escuela europeos. Es ciencia, pero no aplicada erróneamente a la vida, pues eso sería como imitar a esos profesores de ciencias que la reducen a mera superstición, invocándola absurdamente para propósitos imposibles.

A algunos hombres les gusta basar su vida en la ciencia porque tiene todas las características del deporte: aparenta seriedad pero es poco profundo. Cuando se sale de caza conviene tener la menor compasión posible, pues el único objetivo es perseguir a la presa y matarla demostrando así que uno es el animal superior y su método de destrucción es concienzudo y científico. Así de superficial es la vida basada en la ciencia. Quien la lleva persigue el éxito con habilidad y rigor prescindiendo

de las facultades superiores del hombre. Aquellos cuyas mentes son lo suficientemente burdas como para planificar su vida partiendo del supuesto de que el hombre sólo es un cazador y que su paraíso es el paraíso de los deportistas, despertarán violentamente entre sus trofeos, esqueletos y calaveras.

Ni por un momento estoy sugiriendo que Japón no deba adquirir armas modernas para defenderse, pero no ha de ir más allá de lo que le dicte su instinto de conservación. Debe recordar que el verdadero poder no reside en las armas sino en el hombre que las empuña. Cuando este, movido por el ansia de poder, multiplica su armamento a costa de su alma, corre aún mayor peligro que sus enemigos.

Los seres vivos precisan protección porque resulta muy fácil herirlos. En la naturaleza la vida se protege recurriendo a sus propios materiales, por lo que están en armonía con el desarrollo de la vida; de lo contrario cederían con facilidad y caerían en el olvido. Lo que realmente protege al hombre vivo son los ideales espirituales que le conectan con la vida y que crecen al unísono con él. Pero por desgracia su armadura no es completamente orgánica; parte de ella es de acero, inerte y mecánica. De ahí que el hombre que la emplea deba tener cuidado de no caer bajo su tiranía. Si es tan débil como para empequeñecerse adaptándose a sus medidas, el encogimiento de su alma le conducirá a un proceso de suicidio paulatino. Japón debe mantener firme su fe en la ley moral de la existencia y convencerse de que las naciones occidentales han optado por la vía del suicidio, por asfixiar su humanidad bajo la inmensa mole de las organizaciones que han creado para mantenerse en el poder y seguir sometiendo a los demás.

Lo peligroso para Japón no es que imite los rasgos externos de Occidente, sino que haga suya la fuerza que anima al nacionalismo occidental. Sus ideas sociales ya muestran indicios de derrota a manos de la política. Veo su lema cientifista, «la supervivencia del más apto», escrito en grandes letras en el umbral de su historia actual. Lo que este lema significa en realidad es «coge lo que quieras sin tener en cuenta lo que pueda costarle a los demás»; es el lema del ciego que sólo cree en lo que puede tocar porque no ve. Pero quienes ven saben que los hombres están tan unidos

entre sí que cuando golpeamos a los demás nos golpeamos a nosotros mismos. La ley moral, el mayor descubrimiento del hombre, pregona esta maravillosa verdad: que los hombres son tanto más hombres cuanto más se dan a los demás. Se trata de una verdad que no tiene valor meramente subjetivo porque está presente en todas las facetas de nuestra existencia. Las naciones que fomentan la ceguera moral bajo la forma del culto al patriotismo acabarán sus días de forma súbita y violenta. En épocas anteriores hubo invasiones extranjeras, pero nunca llegaron a calar profundamente en el alma del pueblo. Fueron el mero resultado de ambiciones individuales. Los pueblos, libres de las responsabilidades que comportaba el lado peor y más abyecto de esas aventuras, gozaban de la ventaja de contar con disciplinas heroicas y humanas derivadas de ellas. Esto engendró una lealtad incondicional, una total devoción a las obligaciones que imponía el honor, su completa entrega y la aceptación intrépida del peligro y la muerte. De ahí que los ideales arraigados en el corazón del pueblo no cambiaran de forma acusada debido a las políticas adoptadas por reyes o generales. Ahora, en cambio, cuando prevalece el espíritu del nacionalismo occidental, se enseña desde la infancia al pueblo entero a fomentar odios y ambiciones por todos los medios: fabricando mentiras y verdades a medias sobre los hechos históricos, presentando desfavorablemente a otras razas y cultivando sentimientos de animadversión hacia ellas, conmemorando sucesos que a menudo son falsos y deberían ser olvidados rápidamente por el bien de la humanidad, tramando constantemente malévolas amenazas contra sus vecinos y contra otras naciones. Eso es lo que está envenenando la fuente misma de la humanidad y desacreditando los ideales que surgieron del ejemplo de las vidas de nuestros mejores y más grandes hombres. Está abanderando el egoísmo sin límites como religión universal única para todas las naciones del mundo. Podemos aceptar cualquier cosa de manos de la ciencia salvo este elixir de muerte moral. No pensemos ni por un momento que las heridas que infligen ustedes a otros pueblos no repercutirán sobre ustedes, o que las enemistades que siembren en torno a sus hogares se convertirán en un muro que les proteja por toda la eternidad. Imbuir a todo un pueblo de un orgullo desmedido en su propia superioridad, enseñarle a presumir de su

insensibilidad moral y de sus riquezas mal adquiridas, a perpetuar la humillación de las naciones vencidas exhibiendo trofeos de guerra y a utilizarlos en las escuelas para instruir a los niños en el desprecio hacia los demás, es imitar la llaga purulenta de un Occidente cuya inflamación es la de la enfermedad que está consumiendo su vitalidad.

Las cosechas necesarias para sustentarnos son el resultado de siglos de selección y cuidados. Pero el resto de la vegetación, que no requerimos para vivir, no precisa de la paciente reflexión de generaciones enteras. No es fácil deshacerse de las malas hierbas, pero sí lo es arruinar las cosechas por falta de cuidados y permitir que retornen al estado salvaje. Lo mismo sucede con la cultura, que tan complacientemente se ha adaptado a su tierra, que está tan íntimamente ligada a la vida, que es tan humana; no sólo ha habido que labrarla y limpiarla de malas hierbas en eras anteriores, sino que aún requiere nuestra dedicación y supervisión. Lo que es meramente moderno, como la ciencia o las organizaciones, se puede trasplantar. Pero lo esencialmente humano tiene unas fibras tan delicadas, y tantas raíces y tan profundamente arraigadas, que cuando se lo trasplanta muere. De ahí que tema la grosera influencia que los ideales políticos de Occidente puedan ejercer sobre los de ustedes. En la civilización política el Estado es una abstracción y las relaciones entre los hombres son utilitarias. Resulta peligrosamente fácil de manejar precisamente porque no hunde sus raíces en los sentimientos. Han bastado cincuenta años para que hayan aprendido a manejar esta máquina, y algunos de ustedes la aman más que a los ideales vivos que nacieron a la vez que su país y que llevan ustedes siglos cultivando. Es como lo que sucede cuando un niño, con la emoción del juego, cree querer más a sus juguetes que a su madre.

El hombre en su plenitud obra de forma inconsciente. La civilización japonesa, que se basa en los vínculos humanos, se ha nutrido en la opacidad de una vida sana situada fuera del alcance de una introspección invasiva. Pero una relación meramente política se inmiscuye en todo. Es una llamarada de agresividad que a ustedes les han impuesto por la fuerza. Y ha llegado el momento de que sean plenamente conscientes de la verdad que guía sus vidas para que no les pille por sorpresa. Su pasado fue un regalo de Dios; el presente tendrán que decidirlo ustedes.

Por tanto, tendrán que hacerse las siguientes preguntas: «¿Acaso hemos interpretado mal el mundo y basado nuestra relación con él en nuestra ignorancia de la naturaleza humana? ¿Acierta Occidente al construir su bienestar nacional tras la barricada de una desconfianza universal en la humanidad?».

Deben ustedes haber percibido el marcado temor de Occidente cuando contempla el posible auge de alguna raza oriental. Esto se debe a que el poder que le permite prosperar es maligno, y a que Occidente cree que estará a salvo mientras ese poder esté de su parte y el resto del mundo tiemble. La ambición fundamental de la civilización europea actual es poseer al diablo en exclusiva. Todas sus armas y su diplomacia apuntan en esa única dirección. Pero estos costosos rituales de invocación del Maligno les conducen por la senda de la prosperidad hasta el borde del desastre. Las furias del terror que Occidente ha desatado sobre este mundo de Dios le atormentan y le incitan a cometer horrores cada vez mayores. Le impiden descansar y le hacen olvidar todo lo que no sean los peligros a los que somete a los demás y en los que incurre él mismo. Sacrifica a otras naciones al demonio de la política. Se nutre de su carne muerta y engorda mientras las carcasas sigan frescas. Pero estas acabarán pudriéndose y los muertos se vengarán extendiendo la contaminación a lo largo y ancho del mundo y envenenando la vitalidad del carroñero. Japón era un país rico en humanidad, en armonía entre heroísmo y belleza, en autocontrol y en ricas formas de autoexpresión. Pero las naciones occidentales no lo respetaron hasta que no demostró que los perros de Satanás no se crían sólo en Europa, sino que también Japón puede domesticarlos y alimentarlos con miseria humana. Sólo han reconocido a Japón como un igual ahora que saben que también está en posesión de la llave que abre las compuertas del infierno sobre la Tierra y puede usarla cuando quiera lanzándose, en pie de igualdad, a la diabólica danza del pillaje, el asesinato y la violación de mujeres inocentes mientras el mundo camina hacia su ruina. Sabemos que en sus primeros estadios de inmadurez moral, el hombre sólo reverencia al Dios cuya malevolencia teme. Pero ¿acaso es este un ideal de humanidad del que debamos enorgullecernos? Tras siglos de civilización las naciones se temen mutuamente como fieras que acechan en la oscuridad, cerrando sus puertas

a la hospitalidad, aliándose sólo para atacar o defenderse, escondiendo en sus madrigueras sus secretos comerciales, secretos de Estado y militares. Perros que ladran y se ofrecen la paz unos a otros con carne que no es suya; que mantienen bajo la bota a razas vencidas que luchan por ponerse en pie; que dispensan con la mano derecha religión a pueblos más débiles a los que roban con la izquierda. ¿Debemos envidiarles por ello? ¿Debemos arrodillarnos ante el espíritu de este nacionalismo que siembra por doquier las semillas del miedo, la avaricia y la sospecha, ante las desvergonzadas mentiras de sus diplomáticos y sus empalagosas mentiras sobre paz, buena voluntad y fraternidad universal entre los hombres? ¿Cómo no dudar cuando acudimos corriendo a los mercados occidentales a intercambiar nuestro legado por este producto extranjero? Soy consciente de lo difícil que es conocerse uno mismo y sé que los borrachos niegan vehementemente su embriaguez. Occidente también reflexiona ansiosamente sobre sus problemas y experimenta, pero es como un glotón que, incapaz de moderarse, se aferra a la esperanza de encontrar una medicina capaz de curar las pesadillas que le produce la indigestión. Europa no está dispuesta a renunciar a su inhumanidad política, con las bajas pasiones que conlleva. Sólo cree en la modificación de los sistemas, no en los cambios de actitud.

Nosotros estamos dispuestos a comprar sus sistemas mecánicos, no de una forma apasionada, sino cerebral. Los probaremos y los cuidaremos, pero no les erigiremos altares en nuestros hogares y templos. Existen razas que adoran a los animales que matan. Podemos comprarles carne cuando tenemos hambre pero no la adoración aneja a la matanza. No debemos corromper las mentes de nuestros niños enseñándoles la superstición de que los negocios son los negocios, la guerra es la guerra y la política es la política. Debemos saber que para un hombre un negocio ha de ser más que un negocio y lo mismo cabría decir de la guerra y la política. Ustedes tenían su propia industria en Japón, escrupulosamente honesta, como demuestran sus productos y su gracia, su fuerza y su amor por el detalle, incluido el que no salta a la vista. Pero su tierra ha sido anegada por un maremoto de falsedad procedente de esa parte del mundo donde los negocios son los negocios y la honradez es una mera cuestión de conveniencia. ¿Nunca se

han avergonzado de los carteles publicitarios, que no sólo cubren la ciudad entera de mentiras y exageraciones, sino que también invaden los verdes campos donde los campesinos trabajan honradamente y las cimas de las colinas, que saludan al primer rayo de luz pura de la mañana? Es tan fácil embotar nuestra delicadeza y nuestro sentido del honor mediante una fricción constante mientras en el extranjero se imponen falsedades sin miramientos en nombre del comercio, la política y el patriotismo, que cualquier protesta contra esta perpetua intrusión en nuestras vidas se considera una muestra de sentimentalismo, indigna de la hombría auténtica.

Hemos llegado al punto en que los hijos de aquellos que habrían mantenido su palabra hasta la muerte, que habrían considerado indigno y vulgar engañar a otros hombres para sacar provecho, que habrían preferido arriesgarse a la derrota antes de incurrir en el deshonor, se han hecho expertos en traficar con embustes y no les avergüenza obtener beneficios recurriendo a ellos. Han caído bajo el hechizo de la palabra «moderno». Ahora bien, si la utilidad en estado puro es moderna, la belleza ha estado presente en todos los tiempos. Si el egoísmo mezquino es moderno, los ideales de la humanidad no se inventaron ayer. Y podemos tener la certeza de que por muy moderna que sea, la destreza que mutila a los hombres en aras de métodos y máquinas jamás adquirirá la pátina del tiempo.

Sin embargo, al intentar liberar nuestras mentes de las arrogantes exigencias de Europa y salir de las arenas movedizas de nuestro ensimismamiento, cabe la posibilidad de que vayamos a parar al otro extremo y recelemos de todo lo que provenga de Occidente. Esta reacción de desilusión es igual de irreal que el desconcierto inicial que produce la ilusión. Hemos de intentar alcanzar ese estado de ánimo normal que nos permita discernir con claridad el peligro que corremos y evitarlo, pero sin ser injustos con la fuente de ese peligro. Tenemos una tendencia natural a querer pagar a Europa en su propia moneda, devolviendo desprecio por desprecio y mal por mal. Pero eso, una vez más, sería imitar lo peor que tiene Europa, la actitud que adopta hacia pueblos a los que califica de amarillos o rojos, marrones o negros. Y en este aspecto, nosotros los asiáticos, debemos reconocer nuestra culpa y confesar que también hemos pecado tanto o más insultando a la humanidad, tratando con desprecio y

crueledad a otros hombres por ser de cierto color, o por pertenecer a cierta confesión o casta. Es porque tememos nuestra debilidad, que se deja seducir por la imagen del poder, por lo que intentamos sustituirla por otra clase de debilidad ciega a las glorias de Occidente. Sólo conociendo lo que Europa tiene de verdadero y bueno podremos evitar caer en las garras de la Europa mezquina y acaparadora. Es fácil ser injustos con las miserias humanas, y el pesimismo surge de construir teorías mientras la mente sufre. Sólo se puede perder la fe en la humanidad cuando se pierde la fe en la verdad que la fortalece en medio de sus mayores derrotas y le permite extraer nuevas energías de los abismos de su destrucción. Hemos de reconocer que Occidente posee un espíritu vivo que lucha en la sombra contra esas inmensas organizaciones que aplastan a hombres, mujeres y niños y cuyas necesidades mecánicas violan las leyes espirituales y humanas. Ese espíritu se resiste a dejar que su sensibilidad sea completamente anulada por el peligroso hábito de tratar con desconsideración a razas por las que no experimenta ninguna empatía natural. Occidente nunca podría haber llegado al lugar que ocupa en la actualidad si sólo supiera desplegar la fuerza bruta de los animales o de las máquinas. El elemento divino de su corazón sufre por las heridas que sus manos han infligido al mundo y es de ese dolor, que surge de su naturaleza más elevada, del que brota el bálsamo secreto capaz de curar esas heridas. Occidente ha luchado contra sí mismo una y otra vez y ha roto con sus propias manos las cadenas que un día impuso a miembros indefensos. Y aunque para obtener dinero no dudó en obligar a una gran nación a ingerir veneno a punta de espada, despertó por sí solo y dejó de hacerlo para volver a tener las manos limpias. Esto prueba la existencia de manantiales ocultos de humanidad en espacios que parecen yermos y muertos. Demuestra que el núcleo de la naturaleza occidental, que es capaz de sobrevivir a una trayectoria de cruel cobardía, no es la avaricia sino la reverencia de ideales solidarios. Sería del todo injusto, tanto para nosotros como para Europa, decir que esta ha hechizado a la mentalidad oriental moderna mediante la mera exhibición de su poderío. Tras el humo de los cañones y el polvo de los mercados, brilla con fuerza la luz de su esencia moral. Nos ha legado el ideal de la libertad ética, cuyo origen es más profundo que las convenciones sociales y cuyo ámbito es universal.

A pesar de su aversión, Oriente ha comprendido instintivamente que tiene mucho que aprender de Europa, no sólo en lo tocante al poder material, sino también en lo que se refiere a su fuente interior, es decir, sus ideas acerca de la naturaleza espiritual y moral de los hombres. Europa nos ha enseñado a poner el bien común por encima del de la familia y el clan, nos ha convencido de la santidad de la ley, que libra a la sociedad del capricho individual, asegura su continuidad y progreso y garantiza la justicia a todos los hombres, sea cual fuere la posición social que ocupen en la vida. A lo largo de siglos de martirios y logros, Europa ha enarbolado el estandarte de la libertad: libertad de conciencia, de pensamiento y acción; libertad de creación artística y literaria. Y precisamente porque Europa se ha ganado nuestro respeto más profundo, resulta tan peligrosa y tan perjudicial para nosotros cuando, como un veneno servido con la mejor de las comidas, se muestra turbulentamente falsa y débil. Existe una salida con la que esperamos poder contar y es reivindicar a Europa como aliada a la hora de resistirnos a sus tentaciones y sus invasiones violentas. Sus propios criterios de perfección nos ayudarán a medir la magnitud de su caída y calcular su grado de fracaso. Podemos juzgarla ante su propio tribunal y hacer que sienta esa vergüenza que es signo del auténtico orgullo de los espíritus nobles.

Lo que tememos es que el veneno pueda más que los alimentos, y que lo que hoy parece un indicio de la fortaleza de Europa no sea un signo de salud sino todo lo contrario, pues podría haber surgido accidentalmente de la ruptura del equilibrio de la vida. Tememos que el mal ejerza una fascinación funesta cuando adquiere dimensiones colosales, pues aunque esté destinado a perder su centro de gravedad en razón de su anormal desmesura, quizá los estragos que cause antes de su caída sean irreparables.

Por tanto, les pido que tengan fe y lucidez suficientes como para convencerse de que la gravosa estructura del progreso moderno, unida por los tornillos de hierro de la eficacia, y a su vez impulsada por las ruedas de la ambición, no podrá resistir mucho más. Es inevitable que se produzcan colisiones, pues tiene que desplazarse a lo largo de vías organizadas y es demasiado pesada para determinar libremente su propio curso y en cuanto descarrila, su infinita sucesión de vagones se disloca. Llegará el día en que

se convertirá en un montón de ruinas que obstaculice seriamente el tráfico mundial. ¿Acaso no vemos los indicios? ¿Acaso no percibimos la voz que resuena por encima del clamor de la batalla, los gritos de odio, los sollozos de desesperación, la indescriptible fermentación de la inmundicia acumulada durante siglos en el corazón del nacionalismo? ¿Acaso esa voz no nos dice a gritos que la torre del egoísmo nacional, que se hace llamar patriotismo y eleva hacia el cielo su estandarte de traición, se tambaleará y caerá con gran estruendo, hundida bajo su propio peso, y que sus pendones morderán el polvo y su luz se apagará? Hermanos, cuando la luz roja de la conflagración lance a las estrellas su carcajada estentórea, conservad la fe en esas estrellas y no en el fuego de la destrucción. Porque cuando la conflagración se extinga y deje tras de sí las cenizas de su recuerdo, la luz eterna volverá a brillar en Oriente, donde amaneció la historia de la humanidad. ¿Y quién sabe si ese día no ha llegado ya, si no ha salido el sol en el horizonte más oriental de Asia? Ofrezco mi saludo al sol, al igual que hicieron mis antepasados *rishis*, a ese amanecer de Oriente, destinado a iluminar de nuevo al mundo entero.

Sé que mi voz es demasiado débil como para que se oiga por encima del estruendo de estos bulliciosos tiempos, y cualquier golfillo podría echarme fácilmente en cara que soy «poco práctico». Nunca me libraré de ese estigma, de esa mácula indeleble que me priva de la consideración de las personas respetables. Sé el riesgo que corren todos aquellos a los que las masas atléticas motejen de idealistas en esta época en la que los tronos han perdido su dignidad y los profetas se han convertido en anacronismos, y el estrépito del mercado ahoga todas las voces. Y no obstante, un día que me encontraba en los suburbios de Yokohama, ciudad erizada de misceláneas modernas, vi ponerse el sol en el mar del sur, y pude contemplar la paz y majestad que emanan de las colinas cubiertas de pinos, con la silueta del gran Fujiyama fundiéndose en el horizonte dorado como un dios abrumado por su propio brillo. Oí cómo la música de la eternidad desbordaba el silencio de la noche y supe que sólo los poetas e idealistas —no los hombres del mercado, que desdeñan enérgicamente todo sentimiento— perciben el cielo, la tierra y la lírica del amanecer y el atardecer. Supe entonces que, tras haber olvidado durante tanto tiempo su carácter divino, el

hombre volverá a recordar que el cielo siempre está en contacto con su mundo, y que no podemos abandonárselo a los lobos de la era moderna, que han olido sangre humana y aúllan a los cielos.

El nacionalismo en Occidente

La historia de la humanidad va tomando forma según las dificultades con las que se topa, problemas que nos pueden llevar fácilmente a la muerte o la degradación si no somos capaces de solucionarlos.

Los distintos pueblos del planeta se han topado con dificultades diversas; lo que nos diferencia es nuestra forma de superarlas.

Los escitas de la historia temprana de Asia hubieron de enfrentarse al problema de la escasez de recursos naturales. La solución más sencilla que se les ocurrió fue organizar a toda su población, hombres, mujeres y niños, en bandas de saqueadores a las que eran incapaces de hacer frente quienes se dedicaban principalmente a la labor constructiva de la cooperación social.

Pero, por suerte para el hombre, el camino más cómodo no es el más verdadero. Si su naturaleza no fuera tan compleja, si fuera tan simple como la de una manada de lobos hambrientos, a estas alturas esas hordas de bandidos habrían invadido el mundo entero. Ahora bien, cuando el hombre se enfrenta a dificultades ha de saber que es un ser humano, dotado por la naturaleza de facultades superiores que no debe ignorar si no quiere caer en una trampa mortal, aunque hacerlo le depare éxitos inmediatos. Pues lo que son obstáculos para las criaturas inferiores son oportunidades para la forma de vida humana, más elevada.

India ha tenido un problema desde los comienzos de su historia: el problema racial. En este país han vivido en estrecho contacto razas de culturas distintas, lo que ha sido y sigue siendo el rasgo más importante de nuestra historia. Debemos afrontarlo y demostrar nuestra humanidad ocupándonos del asunto con la mayor rectitud. Hasta que cumplamos nuestra misión se nos negará todo beneficio ulterior.

En el mundo hay otros pueblos que han tenido que superar los obstáculos de su entorno físico o la amenaza de vecinos poderosos. Se han organizado, no sólo para verse razonablemente libres tanto de la tiranía de la naturaleza como de la de sus vecinos humanos, sino también para disponer de un excedente que pudieran emplear contra otros. Sin embargo, dado que las dificultades de la India son internas, nuestra historia ha sido la de un ajuste social constante, no la de un poder organizado para la defensa y la agresión.

Ni la vaguedad indefinida del cosmopolitismo ni la feroz idolatría del culto a la nación son el fin de la historia humana. La India ha estado tratando de cumplir su tarea mediante la reglamentación social de las diferencias por un lado y el reconocimiento espiritual de su unidad por otro. Ha cometido graves errores al levantar muros demasiado rígidos entre las razas, perpetuando en las castas las consecuencias de la inferioridad social. Con frecuencia ha deformado las mentes de sus hijos y ahornado sus vidas para hacerlas encajar en sus formas sociales; lleva siglos experimentando y realizando ajustes.

Su misión se asemeja a la de una anfitriona que tuviera que alojar a numerosos huéspedes cuyas costumbres y necesidades difieren entre sí. Para solucionar las infinitas complicaciones que esto suscita se requiere no sólo tacto sino también empatía y una auténtica conciencia de la unidad del género humano. Una sucesión de grandes maestros espirituales, cuyo único objetivo fue anular toda diferencia entre los hombres acercándonos a la conciencia de Dios, se ha esforzado por alcanzar esta conciencia desde la época de los *Upanishads*.^[1] De hecho, nuestra historia no ha sido la historia del auge y caída de reinos o de luchas por la supremacía política. En nuestro país los registros de aquellos días han caído en el olvido, se los desprecia pues consideramos que en modo alguno reflejan la verdadera historia de nuestro pueblo. Nuestra historia ha sido la historia de nuestra vida social y nuestros logros espirituales.

Ahora bien, creemos que aún no hemos cumplido nuestra tarea. La historia universal ha irrumpido en nuestro país, introduciendo nuevos elementos y exigiendo ajustes mayores.

Las enseñanzas y el ejemplo de Occidente están en absoluta contradicción con la tarea encomendada a la India. En Occidente la maquinaria nacional del comercio y de la política produce pacas de humanidad pulcramente comprimidas que tienen su utilidad y poseen gran valor en el mercado, pero las sujetan aros de hierro y se las etiqueta y clasifica con esmero y precisión científicos. Evidentemente, Dios hizo al hombre para que fuera humano, pero este producto moderno, con su impronta de gran industria, tiene un corte tan perfecto que al Creador le resultará difícil reconocerlo como el fruto del espíritu de una criatura hecha a Su divina imagen.

Me estoy precipitando. Lo que estaba a punto de decir era lo siguiente. Tómenselo como quieran: he aquí a la India, que tiene al menos cincuenta siglos de antigüedad, que intentó vivir de forma pacífica y pensar en profundidad; una India desprovista de política, una India sin naciones, cuya única ambición ha sido reconocer la espiritualidad del mundo y vivir cada momento de su existencia con humilde espíritu de adoración, en la feliz conciencia de una relación eterna y personal con el espíritu. Fue en esta remota provincia de la humanidad, ingenua en sus costumbres e impregnada de la sabiduría de lo antiguo, donde irrumpió la Nación de Occidente.

A lo largo de todas las luchas, intrigas y desilusiones de su historia anterior, la India permaneció inalterada porque, como sus aldeas se autogobernaban mediante leyes sencillas y una administración apacible, nunca dejó de ser dueña de sus hogares, sus campos, sus lugares de culto y sus escuelas, en las que maestros y alumnos convivían en un ambiente de sencillez, devoción y aprendizaje. Daba igual quién reinase. Las dinastías pasaban sobre su cabeza como las nubes, ora teñidas de magnificencia púrpura, ora negras y amenazando tormenta. A veces lo devastaban todo a su paso, pero se las consideraba catástrofes naturales cuyas huellas no tardan en borrarse.

Sin embargo, esta vez fue distinto. No se trataba en esta ocasión de una mera incursión superficial en su vida, del paso de la caballería y de la infantería, de elefantes con exuberantes gualdrapas, tiendas de campaña y palios blancos, de filas de pacientes camellos que transportaban las pertenencias de la realeza, de bandas de timbales y flautas, de las cúpulas de

mármol de las mezquitas, palacios y tumbas, de las burbujas del vino espumoso de la suntuosidad, ni de relatos de traición y devoción, de cambios de fortuna o de dramáticas sorpresas del destino. Esta vez teníamos que vérnoslas con la Nación de Occidente clavando los tentáculos de su maquinaria en las profundidades de nuestra tierra.

Por lo tanto, somos nosotros quienes debemos rendir testimonio de lo que ha hecho nuestra Nación por la humanidad. Las hordas de mongoles y pastunes que invadieron la India eran razas humanas, con sus propias religiones y costumbres, afinidades y fobias: no eran naciones. Los amamos y los odiamos según la ocasión; luchamos a su favor y en su contra, les hablamos en una lengua tan suya como nuestra, y regimos conjuntamente los destinos del Imperio del que formábamos parte. Pero esta vez nosotros, que no éramos una Nación, teníamos que vérnoslas no con reyes ni con razas humanas, sino con una auténtica Nación.

Y ahora, tras nuestra experiencia, respondamos a la pregunta: ¿qué es la Nación?

La Nación surge de la unión política y económica de un pueblo, y es el resultado de convertir a toda la población en una máquina capaz de cumplir ciertas metas. La sociedad como tal no tiene ninguna finalidad ulterior, es un fin en sí misma. Es la expresión espontánea del ser social del hombre, la reglamentación natural de las relaciones humanas que permite a los hombres desarrollar el ideal de una vida solidaria. También tiene una vertiente política, cuya única función es garantizar la supervivencia. Los auténticos seres humanos saben que la esfera del poder no es la de los ideales humanos. En los tiempos antiguos, la política era sólo un aspecto limitado de la sociedad de la que se ocupaban profesionales. Sin embargo, cuando este poder empieza a crecer y a acumular riqueza con ayuda de la ciencia y el perfeccionamiento de la organización, tiende a cruzar fronteras con una rapidez asombrosa. Espolea a todas las sociedades vecinas con su avidez de prosperidad material y siembra en ellas la semilla de la envidia y el temor a que el otro crezca a su vez y se torne poderoso. Llega un momento en que el egoísmo se convierte en la base de la política. Explotando la codicia y el miedo humanos, ocupa un espacio cada vez mayor en la sociedad hasta acabar convirtiéndose en la fuerza dominante.

Cabe la posibilidad de que, a fuerza de costumbre, ustedes no se den cuenta de que los lazos vivos de la sociedad se están deshaciendo y dando paso a una organización meramente técnica. Hay indicios de ello por todas partes. Al quebrarse el hilo natural que mantiene en armonía al hombre y a la mujer, se ha desatado la guerra entre ambos sexos. El hombre se ve impelido hacia la vida profesional, a producir riqueza para sí mismo y para otros, y hace girar continuamente la rueda del poder en beneficio propio o de los círculos oficiales, dejando que la mujer se marchite, muera o libere su propia batalla sin su ayuda. Así es como va penetrando la competitividad donde lo natural es la cooperación. Está cambiando hasta la perspectiva que tienen los hombres y mujeres de su relación mutua. Las relaciones caen lentamente en la primitiva psicología del enfrentamiento cuando los seres humanos dejan de buscar la plenitud en una unión basada en la entrega mutua. Cuando se pierde el nexo que nos une a la vida nuestra existencia pierde sentido y empezamos a movernos en medio de un conflicto incesante, como partículas gaseosas comprimidas en un espacio demasiado angosto que acaban reventando el recipiente que las contiene.

Fijémonos también en los autodenominados anarquistas, a los que ofende toda imposición del poder sobre el individuo. Esto se debe a que el poder se ha vuelto demasiado abstracto: es un producto científico fabricado en el laboratorio político de la Nación a costa de la disolución de la humanidad del individuo.

¿Y qué significan esas huelgas en el mundo económico, que vuelven a brotar con renovado vigor, como los arbustos espinosos en terreno yermo cuando se los corta? ¿Qué, sino que el mecanismo de producción de riqueza crece incesantemente hasta alcanzar una increíble magnitud, desproporcionada en relación al resto de las demás necesidades sociales, aplastando gradualmente con su peso al conjunto de la realidad humana? Este estado de cosas produce inevitablemente eternas disputas entre los elementos desgajados de la totalidad y la integridad de los ideales humanos. Entre capital y trabajo se libra una guerra económica interminable, pues el ansia de riqueza y poder no tiene límites, y el compromiso entre egoísmos nunca puede dar lugar al espíritu de reconciliación. El ansia de poder

engendra celos y suspicacias hasta que llega su fin en forma de alguna catástrofe imprevista o un renacimiento espiritual.

El día en que esta organización de la política y el comercio denominada Nación se vuelva todopoderosa a expensas de la armonía de una vida social superior será un día funesto para la humanidad. Cuando un padre se da al juego y sus obligaciones familiares ocupan un lugar secundario, ya no es un hombre, sino un autómatas al que mueve la fuerza de la codicia. Entonces es capaz de hacer cosas que le avergonzaría hacer en estado normal. Lo mismo ocurre con la sociedad. Cuando se deja convertir en una organización de poder perfecta, son pocos los crímenes que es incapaz de cometer, porque lo que mueve y justifica la existencia de una máquina es el éxito; el bien sólo puede ser la finalidad y el propósito de un hombre. Cuando este motor de organización empieza a adquirir unas dimensiones descomunales y convierte hasta a los mecánicos en piezas de la máquina, anula al individuo, le convierte en un fantasma. Todo se transforma en un *totum revolutum* ejecutado por las piezas humanas de las máquinas sin el menor asomo de compasión o responsabilidad moral. Puede ocurrir que el hombre intente reafirmar su esencia moral por medio de ese aparato, pero el conjunto de sus cuerdas y poleas chirría y gime, las fuerzas del corazón humano se enredan con las del autómatas humano y el propósito moral se plasma, no sin dificultad, en forma distorsionada.

Este ser abstracto, la Nación, gobierna la India. En nuestro país hemos visto anunciar alguna marca de comida enlatada bajo el argumento de que se fabrica y envasa sin que la toque mano alguna. Cabe aplicar esa descripción al gobierno de la India, al que la mano humana toca lo menos posible. Los gobernantes no tienen la obligación de conocer nuestra lengua ni necesidad de entrar en contacto con nosotros salvo en calidad de funcionarios; pueden favorecer u obstaculizar nuestras aspiraciones desdeñosamente, desde la distancia, y orientarnos por ciertos rumbos políticos para luego hacernos retroceder mediante el papeleo burocrático. Los periódicos ingleses, cuyas columnas documentan los accidentes callejeros de Londres con cierta decencia y patetismo, apenas mencionan las calamidades que se producen en la India, en territorios que a veces superan la dimensión de las islas Británicas.

Ahora bien, nosotros, los gobernados, no somos una mera abstracción: somos individuos dotados de sensibilidad. Lo que llega hasta nosotros en forma de fría administración puede penetrar hasta el núcleo mismo de nuestra vida y amenazar el futuro de nuestro pueblo con la indefensión perpetua que supone la emasculación, sin tocar nunca la fibra humana de la administración, o tocarla de forma muy endeble e insuficiente. Un individuo nunca puede cometer actos tan terribles y universales con semejante grado de inconsciencia sistemática. Eso sólo es posible allí donde el hombre se ha convertido en una abstracción que, como un pulpo, extiende sus ávidos tentáculos en todas direcciones e hincan sus múltiples ventosas hasta en el futuro lejano. En este reino de la Nación, a los gobernados les acosa la desconfianza, la desconfianza de una enorme masa organizada de cerebro y músculo. Se administran castigos que dejan un reguero de sufrimiento en el tracto sangrante del corazón humano. Los aplica una fuerza abstracta que ha privado a toda la población de un país lejano de su individualidad.

Sin embargo, no he venido aquí para debatir cómo afecta esta cuestión a mi propio país, sino al futuro de toda la humanidad. No se trata del Gobierno británico, sino del gobierno de una Nación, que es el egoísmo organizado de todo un pueblo en su faceta menos humana y espiritual. El único conocimiento íntimo que tenemos de la Nación es el que tenemos de la Nación británica, y hay motivos para creer que se trata de una de las mejores. No debemos olvidar que Oriente necesita a Occidente. Nos complementamos debido a que las formas de entender la vida que nos son propias nos han desvelado diferentes aspectos de la verdad. Por lo tanto, si bien es cierto que el espíritu de Occidente ha llegado a nuestros campos en forma de tormenta, no por ello ha dejado de desparramar a voleo semillas inmortales. Cuando en la India logremos asimilar lo que la civilización occidental tiene de permanente estaremos en condiciones de auspiciar la reconciliación entre estos dos grandes mundos. El irritante dominio unilateral tocará entonces a su fin. Es más, hemos de reconocer que la historia de la India no es la de una raza concreta sino la de un proceso de creación al que contribuyeron razas diversas: los pueblos dravídicos y los arios, los antiguos griegos y los persas, los musulmanes de Occidente y los

de Asia Central. Ahora, por fin les ha llegado el turno a los ingleses de hacer honor a esta historia, ofreciéndole el tributo de sus vidas, y no tenemos ni el derecho ni la capacidad de impedir que este pueblo contribuya a construir el destino de la India. Por tanto, lo que digo sobre la Nación tiene más que ver con la historia de la Humanidad que con la historia concreta de la India.

Esta historia ha llegado a una fase en la que el hombre moral, el hombre pleno, cede cada vez más espacio, casi inconscientemente, al hombre político y comercial, el hombre de fines limitados. Es un proceso que, con la ayuda de los maravillosos progresos de la ciencia, está adquiriendo una fuerza y unas proporciones que perturban el equilibrio moral del hombre y ocultan su faceta humana bajo la sombra de una organización fría e impersonal. Hemos sentido sus aceradas garras en la raíz de nuestra vida y, por el bien de la humanidad, hemos de levantarnos y advertir a todo el mundo que este nacionalismo es una cruel epidemia que azota el universo humano actual consumiendo su energía moral.

Siento un profundo amor y un gran respeto por la raza británica como seres humanos. Ha producido hombres de gran corazón, destacados pensadores y protagonistas de valerosas hazañas. Ha engendrado una gran literatura. Sé que esos británicos aman la justicia y la libertad y odian las mentiras. Son decentes, de modales francos, leales a sus amigos, y se conducen de modo honrado, con toda fidelidad. El trato que he tenido con sus hombres de letras ha suscitado mi admiración, no sólo por la fuerza de su pensamiento o su capacidad de expresión, sino también por su caballerosa humanidad. Hemos experimentado la grandeza de este pueblo del mismo modo que sentimos el sol; pero para nosotros la Nación es una espesa y persistente bruma que cubre al astro rey.

El gobierno de la Nación no es ni británico ni de ninguna otra parte; es una ciencia aplicada y sus principios son parecidos allí donde existe. Es como una prensa hidráulica cuya presión impersonal garantiza la eficacia. Su potencia varía de motor en motor. Algunos no son eléctricos, lo que deja un cómodo margen de holgura, pero apenas hay diferencias en el espíritu y método de trabajo. Nuestro gobierno podría haber sido holandés, francés o portugués, y sus rasgos esenciales habrían sido en gran medida los mismos

que ahora, pero tal vez la organización no hubiera sido tan tupidamente perfecta, y algunos jirones de humanidad se hubieran salvado del naufragio permitiéndonos ocuparnos de nuestro propio corazón palpitante.

Antes de que nos gobernase la Nación, tuvimos otros gobiernos extranjeros, que como todos los gobiernos, tenían algo de maquinal. Pero la diferencia entre ellos y el gobierno de la Nación es similar a la diferencia que existe entre el telar manual y el telar mecánico. Los productos del telar manual atesoran la magia de los dedos vivos del hombre, y el zumbido que produce al funcionar está en armonía con la música de la vida. En cambio, el telar mecánico es inerte, preciso y monótono.

Hemos de reconocer que entre los gobiernos personales de épocas anteriores hubo ejemplos de tiranía, injusticia y extorsión que causaron un sufrimiento y un malestar de los que nos alegra habernos librado. Para nosotros la protección de las leyes no sólo es una gran ayuda, sino una lección valiosa. Nos enseña la disciplina necesaria para garantizar la estabilidad de la civilización y la continuidad del progreso. Nos dice que existe un criterio universal de justicia que se aplica a todos los hombres por igual, independientemente de su casta y su color.

Este imperio de la ley, impuesto por el actual Gobierno de la India, ha garantizado el orden en un territorio inmenso habitado por pueblos de razas y costumbres distintas. Ha estrechado el contacto entre unos y otros e incentivado las aspiraciones comunes.

Ahora bien, la creación de vínculos de camaradería entre las distintas razas de la India ha sido obra del espíritu de Occidente, no de la Nación de Occidente. En cualquier parte de Asia donde el pueblo haya aprendido algo auténtico de Occidente, ha sido a pesar de la Nación occidental. Japón sólo pudo asimilar plenamente los beneficios de la civilización occidental porque logró resistirse a la dominación de la Nación occidental. Pese a que la Nación ha envenenado las fuentes mismas de la vida moral y física de China, esta aún puede aprender lo mejor de Occidente si la Nación no lo impide. Parece que fue ayer cuando Persia despertó de su antiquísimo letargo gracias a Occidente, sólo para ser acallada por la Nación. En este país, donde el pueblo es hospitalario, se ha registrado el mismo fenómeno. La Nación ha demostrado no serlo logrando que un huésped oriental se

sienta humillado al comparecer ante ustedes en calidad de representante de la humanidad de su propia madre patria.

En la India padecemos el conflicto entre el espíritu de Occidente y la Nación de Occidente. La Nación, que intenta regular nuestra ingesta de alimentos para mantenernos a meros niveles de subsistencia, nos dispensa con mezquindad los beneficios de la civilización occidental. La ración de educación que se nos asigna es tan increíblemente pobre que debería atentar contra el sentido de la decencia de la humanidad occidental. En Occidente se alienta, forma y ofrece al pueblo todo tipo de facilidades para participar en los grandes movimientos comerciales e industriales mundiales, mientras que lo único que recibimos en la India son las burlas de la Nación por nuestro atraso. Mientras nos priva de oportunidades y restringe nuestra educación al mínimo necesario para ayudar al gobierno extranjero, la Nación aplaca su conciencia insultándonos, confirmando la idea arrogante y cínica de que Oriente es Oriente y Occidente es Occidente y que jamás habrá un entendimiento entre ambos. Si aceptamos los insultos de nuestro maestro que afirma que, tras casi dos siglos de tutela, la India no sólo sigue siendo incapaz de gobernarse a sí misma sino que tampoco da muestras de originalidad en sus logros intelectuales, ¿hemos de atribuirlo a la cultura occidental y a nuestra incapacidad innata para asimilarla, o a la juiciosa mezquindad de la Nación que ha asumido la obligación del hombre blanco de civilizar Oriente? Podemos admitir que los japoneses poseen algunas cualidades de las que nosotros carecemos, pero no podemos aceptar que nuestra inteligencia sea naturalmente improductiva en comparación con la suya, aunque lo digan aquellos a los que no podemos contradecir sin correr un riesgo.

Lo cierto es que el espíritu de conflicto y conquista está en la raíz del nacionalismo occidental. Este no se basa en la solidaridad social. Ha desarrollado una organización de poder perfecta a costa del idealismo espiritual. Es como una manada de depredadores que no puede prescindir de víctimas y no soporta ver sus territorios de caza convertidos en terreno cultivado. De hecho, las naciones occidentales luchan entre sí para aumentar su número de víctimas y sus reservas de bosques. De ahí que la Nación occidental actúe como un dique que regula lo que la civilización

occidental aporta al país de la No-Nación. Como es la civilización que ostenta el poder, es excluyente, y evidentemente se niega a mostrar las fuentes de ese poder a los que ha elegido explotar.

A pesar de todo, la ley de la humanidad es la ley moral, y la civilización que prospera a costa de excluir a otras de sus beneficios lleva inscrita su propia condena a muerte en sus limitaciones morales. Sin ser consciente de ello, la esclavitud que produce consume su propio amor a la libertad. La indefensión con la que abrumba a su universo de víctimas ejerce en todo momento su fuerza gravitatoria sobre el poder que la crea. Y algún día, esas partes del mundo a las que la Nación despoja de su vida autosuficiente, se convertirán en la más terrible de sus cargas, arrastrándola a los abismos y destruyéndola. Cuando el Poder rompe todas las barreras que encuentra para allanarse el camino, cabalga triunfalmente hacia el golpe definitivo y mortal. Cada día relaja su freno moral sin saberlo, y la resbaladiza senda que parecía fácil de recorrer lo conduce hacia su destrucción.

Lo que la Nación occidental nos ha dado más generosamente ha sido ley y orden. Mientras el diminuto biberón de nuestra educación permanece vacío y los servicios sanitarios se chupan el pulgar como niños desesperados, el ejército, los tribunales, la policía, el Departamento de Investigación Penal y los servicios secretos lucen una cintura anormalmente oronda y ocupan cada centímetro de nuestro territorio. Es para mantener el orden, se dice. Pero ¿acaso este orden no tiene connotaciones negativas? ¿Tiene como finalidad dar a la gente mayores oportunidades para desarrollar su vida en libertad? Su perfección es la de la cáscara del huevo, cuyo auténtico valor reside en la protección que brinda al polluelo y en los nutrientes que le proporciona, no en la comodidad que ofrece a la persona sentada ante la mesa del desayuno. La mera administración es improductiva, no está viva, no es creativa. Es una apisonadora de formidable peso y potencia, y tiene su utilidad, pero no contribuye a fecundar la tierra. Cuando, tras haber realizado su labor, acude a ofrecernos su don de paz, no podemos sino murmurar entre dientes: «La paz es buena, pero la vida es el mayor don de Dios».

Por otro lado, lamentablemente nuestros gobiernos anteriores carecían de muchas de las ventajas de los gobiernos modernos. Al no ser gobiernos

de la Nación, eran de una textura laxa que dejaba grandes huecos en los que entretejer los hilos de nuestra vida y modificar el diseño. Estoy seguro de que en aquellos tiempos había cosas que nos resultaban extremadamente desagradables. Ahora bien, sabemos que cuando caminamos descalzos sobre un suelo lleno de grava, nuestros pies acaban adaptándose a los accidentes de un terreno inhóspito, pero si la partícula más ínfima de grava se aloja en nuestros zapatos, nunca podremos olvidar ni perdonar esa intrusión. El gobierno de la Nación es como un zapato: nos aprieta y dirige nuestros pasos encerrando nuestros pies en un sistema cerrado en el que apenas disponen de la libertad necesaria para acomodarse. De ahí que cuando realizan ustedes estadísticas para comparar el número de piedrecitas con las que tenían que lidiar nuestros pies en otros tiempos para constatar que, en el régimen actual, son muchas menos, apenas rocen el problema de fondo. No es cuestión del número de obstáculos exteriores sino de la impotencia del individuo para afrontarlos. El verdadero problema es mucho peor, no es cuantitativo sino cualitativo, y reside en la disminución de los márgenes de libertad. No podemos sino reconocer la siguiente paradoja: mientras el espíritu de Occidente desfila bajo el estandarte de la libertad, la Nación de Occidente forja las cadenas de hierro de su organización, las más implacables e indestructibles que se hayan fabricado en toda la historia de la humanidad.

Cuando la humanidad de la India no estaba bajo la tutela de la Organización, la elasticidad del cambio bastaba para animar a los hombres poderosos y de espíritu a creer que su destino estaba en sus manos. Nunca se renunció a la esperanza de que sucediera lo inesperado, y este mayor margen de libertad daba alas a la imaginación, tanto de gobernantes como de gobernados, afectando al modo de hacer historia. No nos enfrentábamos a un futuro que era una pared inerte de blancos bloques de granito pensada para impedir la manifestación y expansión de nuestras facultades. Nuestra desesperación se debe a que los procesos científicos atrofian la raíz misma de nuestras facultades. Todos y cada uno de los individuos de la No-Nación están completamente sometidos a una Nación entera cuya infatigable vigilancia, propia de una máquina, carece de la facultad humana de pasar por alto o discriminar. En cuanto se pulsa uno de sus botones, la

organización-monstruo se vuelve toda ojos, y nadie de entre la inmensa multitud de los dominados puede esquivar su fea mirada inquisidora. A la mínima vuelta de tuerca, estrecha su cerco hasta asfixiar a todos los hombres, mujeres y niños de una población inmensa a la que le resulta imposible concebir escapatoria alguna ni en su propio país ni en ningún otro.

Lo que agobia al mundo moderno es esa continua, descomunal y fea mirada inquisidora, el peso muerto de lo inhumano con el que se obliga a cargar al ser humano vivo. No sólo las razas subyugadas, sino también ustedes, que viven creyendo que son libres, sacrifican cada día su libertad y su humanidad al fetiche del nacionalismo. Han elegido imponer el ambiente cargado y tóxico de la sospecha, la codicia y el pánico a escala mundial.

En Japón he sido testigo del sometimiento voluntario de todo un pueblo a la poda de sus mentes y el recorte de sus libertades por parte de su gobierno. Este regula sus pensamientos a través de diversos organismos educativos, fabrica sus emociones, se vuelve suspicaz y vigilante cuando muestra indicios de inclinarse hacia lo espiritual y lo conduce por una estrecha senda, no hacia lo auténtico sino hacia lo que sea preciso para fundirlo, según su propia receta, en una única masa uniforme. El pueblo acepta con alegría y orgullo esta esclavitud mental que lo invade todo debido a su deseo de convertirse en una máquina de poder llamada Nación y emular la sofisticación colectiva de otras máquinas.

Cuando se le pregunta acerca de la sensatez de este rumbo, el fanático recién convertido al nacionalismo responde que «mientras proliferen en este mundo las Naciones no tenemos la opción de desarrollar libremente nuestras facultades humanas superiores. Hemos de emplearnos a fondo para vencer al mal asumiéndolo al máximo, ya que en el mundo moderno la única fraternidad posible es la fraternidad del vandalismo». El reconocimiento de la existencia de vínculos de amor fraterno entre Japón y Rusia, celebrado en Japón con gran regocijo, no se debe a un recrudescimiento repentino del espíritu del cristianismo o del budismo, sino que se estableció con arreglo a la fe moderna en una relación menos expuesta a la amenaza mutua del derramamiento de sangre. En efecto, no podemos dejar de reconocer que esta es la realidad del universo de la

Nación, y que la única moral que suscribe es la de que todos los pueblos de la Tierra han de esforzarse al máximo para emplear sus recursos físicos, morales e intelectuales a efectos de imponerse en una pelea que decidirá quién es más poderoso. En la Antigüedad, Esparta dedicó todas sus energías a hacerse poderosa; lo consiguió a fuerza de anular su humanidad y murió a causa de la amputación.

Ahora bien, no nos consuela en modo alguno saber que el déficit de humanidad que padece la era actual no afecta sólo a las razas subyugadas, ni que los estragos que causa en unos pueblos hipnotizados para creer que son libres son aún peores, al ser insidiosos y voluntarios. Ustedes han elegido libremente trocar las metas superiores de la existencia por beneficios y poder, y ahí están, ante el naufragio de su alma y contemplando su prosperidad. Pero ¿creen que no tendrán que rendir cuentas por organizar a la perfección el instinto de engrandecimiento de pueblos enteros y decir que eso es bueno? Yo les pregunto: ¿qué desastre de la etapa más oscura de la historia de la humanidad puede compararse con la catástrofe que supone que una nación clave sus colmillos en las profundidades de las desnudas carnes del mundo, y adopte medidas permanentes contra su natural relajación?

Ustedes, los pueblos de Occidente que han fabricado esta anomalía, ¿pueden imaginar la desolación de la humanidad doliente poseída por la espantosa abstracción del Organizador? ¿Pueden ponerse en el lugar de pueblos cuya humanidad está maldita para siempre, cuya virilidad se recorta sin cesar y encima han de entonar cantos de alabanza a la benevolencia de una máquina que no es más que una parodia de la Providencia?

¿Acaso no han comprobado desde el comienzo de la existencia de la Nación que el pavor que inspira ha hecho temblar al mundo entero? En todo rincón oscuro se sospecha de su malevolencia secreta y la gente se cubre las espaldas. El sonido de cada paso, cualquier rumor de movimiento en el vecindario, desatan estremecimientos de terror por doquier. Y ese terror engendra todo lo que hay de vil en la naturaleza humana. Nos induce a no avergonzarnos de nuestra falta de humanidad. Nos felicitamos por nuestras astutas mentiras, y los juramentos solemnes se convierten en una farsa hasta que su misma solemnidad resulta irrisoria. La Nación, con toda su

parafernalia de poder y prosperidad, sus banderas y sus himnos piadosos, sus oraciones blasfemas y los truenos artificiales de sus fanfarronadas patrióticas, no puede ocultar el hecho de que el mayor de los males que la acosan es la Nación misma, cuyas medidas revierten contra ella y que teme nuevos peligros cada vez que nace en el mundo uno de sus semejantes. No tiene otro deseo que explotar las debilidades del resto del mundo, como esas larvas que viven de la carne de sus víctimas, a las que paralizan y mantienen con vida lo suficiente como para que estén apetitosas y nutritivas. De ahí que esté dispuesta a inyectar su veneno en las entrañas de otros pueblos vivos que, al no ser naciones, son inofensivos. Los pastos más ricos de los que dispone la Nación para este fin son y siguen siendo los de Asia. China, inmensa y pletórica de ancestral sabiduría y de ética social, de laboriosidad y autocontrol, es como una ballena que despierta el ansia de botín en el corazón de la Nación. Ya lleva en sus carnes temblorosas los arpones que la Nación, hija de la ciencia y el egoísmo, le ha lanzado con infalible puntería. La Nación frustra a cada paso sus penosos esfuerzos por desprenderse de sus tradiciones de humanidad y sus ideales sociales e invertir sus últimos recursos esquilados en instruirse para asimilar la eficacia moderna. Estrecha sus ligaduras financieras en torno a su cuerpo para vararla en la playa, despedazarla y después dar gracias públicamente a Dios por apoyar al único mal existente e impedir que nazca otro. La Nación reivindica la gratitud de la historia y de la eternidad por su explotación y ordena que resuenen de un extremo del mundo a otro sus himnos de alabanza, se autoproclama sal de la tierra, flor de la humanidad y bendición divina que cae con todas sus fuerzas contra los cráneos desprotegidos del universo de las No-Naciones.

Sé qué consejo nos darán ustedes. Dirán: constitúyanse en nación y resístanse a los abusos de la Nación. Pero ¿es este el consejo sincero que un hombre daría a otro? ¿Es realmente necesario? Quizá pudiera creerles si nos dijeran: sean mejores, más justos, más sinceros en su relación con el hombre; controlen su codicia, lleven una vida más saludable y sencilla y dejen que la conciencia de lo divino que hay en el hombre se exprese de forma más perfecta. ¿Por qué tienen que decir que no es el espíritu, sino la máquina, lo que más valor tiene para nosotros, y que la salvación del

hombre depende de que se discipline hasta alcanzar la perfección del ritmo mortecino de ruedas y engranajes? ¿Por qué hay que enfrentar una máquina a otra y una nación a otra en una lidia política interminable?

Ustedes dicen: esas máquinas llegarán a un acuerdo para su protección mutua inspiradas por el miedo. Pero ¿acaso esa federación de calderas de vapor les proporcionará a ustedes un alma dotada de conciencia e imbuida del espíritu de Dios? ¿Qué será de esa parte mayoritaria del mundo en la que el miedo no desempeña papel alguno a la hora de frenarles a ustedes? Sea cual fuere la seguridad de la que ahora disfruten esas No-Naciones entre el frenesí de la fragua, el martillo y el torniquete, es el resultado de la rivalidad entre las potencias. Pero cuando, en lugar de una multitud de máquinas separadas, se unan en una sola gregariedad organizada de voracidad comercial y política, ¿qué remota esperanza les quedará a los demás, que han vivido y sufrido, amado y adorado, pensado profundamente y trabajado con humildad, y cuyo único delito ha sido no haberse organizado?

Ahora bien, ustedes dirán: «Eso no importa, hay que eliminar a los no aptos: morirán; eso es ciencia».

¡No! Por la salvación de sus almas, yo les digo que *vivirán*; esa es la verdad. Es muy atrevido por mi parte, pero afirmo que el mundo del hombre no es un mundo moral porque hayamos decidido creer ciegamente que lo es, sino porque es así por naturaleza y sería peligroso que lo ignorásemos. No se puede conservar la esencia moral del hombre fragmentándola en cómodos compartimentos. No se puede asegurar su consumo interno imponiendo aranceles mientras en el extranjero se practica el libre comercio con desenfreno.

¿Siguen sin entender esta verdad, ahora que una guerra cruel ha clavado sus garras en las entrañas de Europa, se volatilizan sus reservas de riqueza y la humanidad se despedaza en sus campos de batalla? Ustedes se preguntan asombrados: ¿qué ha hecho Europa para merecer esto? La respuesta es que Occidente ha endurecido sistemáticamente su esencia moral para que sus descomunales abstracciones de eficiencia tengan sólidos cimientos. Lleva mucho tiempo matando de hambre la vida interior del individuo en provecho de su vida profesional.

Durante la Edad Media europea, el hombre sencillo y natural, con todas sus violentas pasiones y deseos, intentaba reconciliar la carne y el espíritu. A lo largo de la turbulenta carrera de su vigorosa juventud, tanto las fuerzas temporales como las espirituales incidieron profundamente sobre su naturaleza, moldeándola para alcanzar la plenitud de la personalidad moral. Europa debe toda su grandeza humana a este periodo de disciplina del hombre en su plenitud humana.

Luego vino la era del intelecto, la era de la ciencia. Todos sabemos que el intelecto es impersonal. Nuestra vida y nuestro corazón son inseparables de nuestra personalidad, pero el intelecto puede desprenderse del individuo y sólo entonces se mueve libremente en su universo de reflexión. Nuestro intelecto es un asceta: no lleva ropa alguna, no ingiere alimentos, no reposa, carece de deseos, no siente amor ni odio ni compasión ante las limitaciones humanas, y se limita a razonar imperturbablemente a lo largo de las vicisitudes de la existencia. Escarba hasta llegar a la raíz de las cosas porque no tiene ningún interés personal en las cosas mismas. El gramático se abre paso en línea recta a través de la poesía y va a la raíz de las palabras porque no busca la realidad sino la ley. Cuando la encuentra, puede enseñar a otros a dominar las palabras. Se trata de un don que satisface una utilidad concreta, una necesidad específica del hombre.

La realidad es la armonía que dota a las partes del equilibrio del todo. Si uno la quebranta tendrá en sus manos átomos nómadas enfrentados y carentes de significado. Quienes están sedientos de poder intentan dominar estos elementos originarios en pugna, y obligarles a prestar un servicio violento guiándolos hacia canales estrechos para satisfacer necesidades humanas concretas.

La satisfacción de las necesidades del hombre es algo magnífico; le dota de libertad en el mundo material y amplía los horizontes del tiempo y del espacio. Le permite hacer cosas en menos tiempo y ocupar más provechosamente un espacio mayor. Por consiguiente, puede superar fácilmente a quienes habitan un universo en el que el tiempo transcurre de forma más lenta y el espacio está menos ocupado.

Este progreso del poder va aumentando de ritmo. Al ser una parte desligada del hombre, se desgaja enseguida de la totalidad de su ser. El

hombre moral se queda atrás, porque tiene que enfrentarse al conjunto de la realidad, no sólo a la ley que rige las cosas, que es impersonal y por lo tanto abstracta.

El hombre cuyo poder mental y material excede con mucho su energía moral es como una jirafa cuya cabeza se encontrase de repente a kilómetros de distancia del resto de su cuerpo, dificultando una comunicación normal. Esa cabeza ávida lleva tiempo devorando con su enorme dentadura todo el follaje de las capas superiores del mundo, pero los nutrientes tardan demasiado en llegar a sus órganos digestivos y su corazón se resiente por falta de riego. Occidente no parece ser consciente de la discordia que impera actualmente en la naturaleza humana. Su increíble éxito material le ha vuelto autocomplaciente. El optimismo de su lógica sigue basando su buena fortuna en la prolongación indefinida de sus vías férreas hacia la eternidad. Es lo bastante superficial como para pensar que el mañana no es más que un hoy al que se le añaden reiteradamente veinticuatro horas. No teme al abismo, cada día más grande, que está abriéndose entre el número creciente de sus almacenes y el vacío de su sed de humanidad. La lógica ignora que bajo el lecho más humilde de las infinitas estratificaciones de riqueza y comodidades se están incubando terremotos destinados a restaurar el equilibrio del universo moral, y algún día el enorme abismo de vacuidad espiritual arrastrará hasta su sima al conjunto de cosas materiales, destinadas a convertirse en polvo.

El hombre pleno no es poderoso, sino perfecto. Por lo tanto, para convertirle en poder puro, hay que constreñir su alma al máximo. Cuando somos plenamente humanos, no podemos degollarnos mutuamente, pues lo impiden nuestro instinto social y nuestras tradiciones morales. Si quieren que me dedique a masacrar a otros seres humanos, tendrán que quebrantar mi integridad por medio de alguna disciplina que anule mi voluntad, embote mi mente y automatice mis movimientos. De la disolución de la complejidad del individuo surgirá esa abstracción, esa fuerza destructiva que no guarda relación alguna con la verdad del ser humano y que, por tanto, puede ser fácilmente brutal o mecánica. Si se priva al hombre de su entorno natural, de la plenitud de su vida comunitaria, y de toda la belleza, el amor y las obligaciones sociales asociadas a ella, se le podrá convertir en

otras tantas piezas de una máquina para producir riqueza a escala gigantesca. Si convertimos un árbol en un tronco dará calor al quemarlo, pero jamás dará flores ni frutos.

Hace tiempo que viene advirtiéndose este proceso de deshumanización en el comercio y la política. Tras los largos dolores de parto de la energía mecánica ha nacido ese aparato plenamente desarrollado de enorme potencia y sorprendente apetito que Occidente ha bautizado con el nombre de Nación. Como ya he apuntado, debido a su condición abstracta, ha dejado muy atrás con gran facilidad la plenitud del hombre moral. Como su conciencia es la de un fantasma y su cruel perfección la de un autómatas, está provocando desastres que daría vergüenza comparar con las erupciones volcánicas de un planeta joven. En consecuencia, la suspicacia entre los hombres escuece a todos los miembros de esta civilización como los pelos de una ortiga. Cada país lanza su red de espionaje a la ciénaga viscosa e intenta pescar los secretos traicioneros que fermentan en las profundidades de la diplomacia. ¿Y qué hacen los servicios secretos sino comerciar clandestinamente a favor de la Nación con secuestros, asesinatos, traiciones y todos los espantosos delitos que nacen en lo más hondo de la podredumbre? Puesto que cada Nación tiene su propia historia de latrocinios, mentiras y promesas incumplidas, sólo pueden florecer a escala internacional la sospecha y la envidia, y el sentimiento de vergüenza moral internacional se debilita hasta extremos absurdos. La indignación de la Nación ha cambiado tantas veces de melodía en función de los tiempos y los cambios de alianzas diplomáticas que se puede disfrutar de ella con buen humor como quien presencia un espectáculo de variedades político.

Acabo de volver del Japón, donde he exhortado a esa joven Nación a optar por los ideales superiores de la humanidad y a no seguir jamás los pasos de Occidente adoptando como religión ese egoísmo organizado que es el Nacionalismo. Les rogué que no se regodearan jamás en la debilidad de sus vecinos, que no carecieran nunca de escrúpulos en su conducta hacia los débiles, con los que podrían ser mezquinos impunemente, y que pusieran la mejilla derecha de una humanidad más esperanzadora para recibir el beso de admiración de quienes tienen la capacidad de abofetearla. Algunos de sus periódicos alabaron mis palabras por sus cualidades

poéticas, sin dejar de añadir con sorna que se trataba de la poesía de un pueblo vencido. Pensé que tenían razón. Japón ha aprendido en una escuela moderna la lección «cómo hacerse poderoso». Ya ha terminado sus estudios y puede gozar del fruto de sus lecciones. Occidente dijo a las puertas del Japón con la voz atronadora de sus cañones: ¡Hágase una Nación! Y la Nación se hizo. Ahora que esa nación existe, ¿por qué no experimentan ustedes una sensación de alegría pura en lo más hondo de su corazón y dicen que es algo bueno? ¿Por qué percibí en un periódico inglés cierta amargura por el hecho de que Japón se jactase de la superioridad de su civilización? (Eso mismo que los británicos y otras naciones llevan haciendo siglos sin sonrojarse). Porque el idealismo egoísta tiene que mantenerse ebrio con dosis constantes de autobombo. Ahora bien, los desagradables vicios que en su propia vida le parecen naturales e inocuos le sorprenden e irritan cuando los constata en otras naciones. Por consiguiente, cuando ustedes ven a la nación japonesa, creada a su imagen y semejanza, lanzarse a la carrera de la jactancia nacional, sacuden la cabeza y dicen: «Esto no es bueno». ¿Acaso no ha sido esa una de las causas que han suscitado en estas tierras el clamor de que hay que estar preparados para enfrentarse a otra potencia del mal con mayor capacidad de destrucción? Japón se declara inocente diciendo que tiene su *bushido*, que nunca podría traicionar a los Estados Unidos, país al que debe gratitud. Sin embargo, a ustedes les resulta difícil de creer, pues la sabiduría de la Nación no reside en la fe en la humanidad sino en la desconfianza absoluta. Ustedes se dicen a sí mismos que no es al Japón del *bushido* y de los ideales morales al que han de enfrentarse, sino a la abstracción del egoísmo popular, a la Nación; y una Nación sólo puede confiar en otra Nación allí donde sus intereses coinciden o al menos no entran en conflicto. Es más, su instinto les dice a ustedes que la aparición de otro pueblo en el ruedo de las naciones es un mal que atenta contra todo lo que la humanidad tiene de más elevado y demuestra con su éxito que la falta de escrúpulos es el camino que conduce a la prosperidad. También, que la bondad es buena para los débiles y que Dios es el único consuelo que les queda a los vencidos.

En efecto, esa es la lógica de la Nación, que nunca prestará oídos a la voz de la verdad y la bondad. Seguirá bailando su danza en corro de

corrupción moral, enfrentando aceros y máquinas y pisoteando a su paso las dulces flores de la fe sencilla y los ideales vivos de la humanidad.

Sin embargo, nos engañamos pensando que en estos tiempos modernos la humanidad ha avanzado más que nunca. La razón de este autoengaño es que el hombre tiene más cubiertas sus necesidades y que sus males físicos se alivian con mayor eficacia. Sin embargo esto se debe no al sacrificio moral, sino sobre todo a la energía intelectual. Se trata de un avance de gran magnitud pero superficial. Los efectos externos del conocimiento y la eficiencia son evidentes, pero están al servicio del hombre, no son el hombre en sí. Ofrecen un servicio como el de un hotel, sofisticado pero sin presencia del anfitrión, lo que lo hace más cómodo que acogedor.

Por tanto, no debemos olvidar que esas organizaciones científicas que se extienden en todas direcciones fortalecen nuestro poder, pero no nuestra humanidad. A medida que crece el poder, el culto a la Nación ejerce un ascendiente cada vez mayor, y el individuo la carga a sus espaldas voluntariamente. Ahí es donde se genera esa anomalía de efectos tan desastrosos: el individuo rinde culto con toda clase de sacrificios a un dios moralmente muy inferior a él, cosa que nunca habría sido posible si el dios hubiera sido tan real como el individuo.

Permítanme ilustrar esto último con un ejemplo. En algunas regiones de la India se impone a las viudas como un acto de gran piedad que prescindan de comida y agua un día de cada quincena. Esto suele ser una crueldad desprovista de sentido e inhumana. Y no obstante, los hombres no son crueles por naturaleza hasta ese extremo. Pero como es una devoción abstracta, embota por completo el sentido moral del individuo, al igual que el hombre que no haría daño a un animal sin necesidad causa horribles sufrimientos a gran número de criaturas inocentes cuando se embriaga con la idea abstracta del «deporte». Como estas ideas son creaciones de nuestro intelecto, clasificaciones lógicas, su bruma envuelve fácilmente al individuo.

La idea de la Nación es una de las drogas más potentes inventadas por el hombre. Bajo sus efectos, el pueblo entero puede poner en práctica su programa sistemático de egoísmo virulento sin tener la menor conciencia de

la perversión moral que entraña; es más, si se le indica que es así, puede volverse peligrosamente rencoroso.

Ahora bien, ¿se puede seguir así indefinidamente, esterilizando gran parte de nuestra naturaleza viva hasta llevarnos a la insensibilidad moral? ¿Podrá escapar de su Némesis eternamente? ¿Acaso no hay en este mundo barrera alguna contra la que pueda estrellarse este gigantesco poder de organización mecánica y hacerse añicos a causa de su terrible fuerza y velocidad? ¿Ustedes creen que se puede mantener permanentemente a raya al mal compitiendo con él en maldad, y que prudentes conciliábulos pueden mantener encadenado al demonio en la improvisada jaula del acuerdo mutuo?

Esta guerra europea de las Naciones es una guerra de retribución. El hombre, el individuo, tiene que luchar por su vida protestando contra la acumulación de objetos materiales donde debe estar el corazón, y de sistemas y políticas donde deberían fluir relaciones humanas vivas. Ha llegado el momento de que por el bien del mundo entero, indignado, Europa experimente en carne propia el terrible absurdo de eso llamado Nación.

La Nación ha vivido durante mucho tiempo de mutilar a la humanidad. Grandes cantidades de seres humanos, las creaciones más bellas de Dios, salieron de la fábrica Nacional convertidas en títeres que hacían la guerra y ganaban dinero, presumiendo ridículamente de su lamentable perfección mecánica. La sociedad humana se fue convirtiendo en un teatro de marionetas protagonizado por políticos, soldados, industriales y burócratas movidos por los hilos de una maravillosa eficiencia.

La apoteosis del egoísmo nunca podrá convertir su cosecha sin fin de odio y codicia, miedo e hipocresía, sospecha y tiranía en un fin en sí mismo. Estos monstruos llegan a hacerse enormes pero nunca armoniosos. La Nación puede seguir creciendo hasta alcanzar la corpulencia inconcebible no de un organismo vivo, sino de uno de acero, vapor y edificios de oficinas, deformándose hasta el punto en que ya no pueda contener su fea inmensidad y comience a agrietarse y resquebrajarse, expulsando gas y llamas entre jadeos, y sus estertores de muerte se plasmen en el rugir de los cañones. Con esta guerra comienza la agonía de la Nación. De repente, todos sus mecanismos han enloquecido y ha iniciado la danza de las Furias,

despedazando sus propios miembros y esparciéndolos a los cuatro vientos. Es el quinto acto de la tragedia de lo irreal.

Quienes conserven algo de fe en la humanidad no pueden sino desear con todas sus fuerzas que la Nación tirana no recupere sus dientes y garras, sus largos brazos de hierro y su enorme cavidad interior, que es toda estómago y nada de corazón; no pueden sino desear que el hombre renazca como individuo, libre de la indefinición envolvente de la abstracción.

Se ha levantado el velo, y en esta espantosa guerra Occidente se ha enfrentado cara a cara a su propia creación, a la que había sacrificado su alma. Tiene que saber lo que en verdad ha creado.

Occidente nunca se había permitido a sí mismo sospechar la lenta decadencia y descomposición que estaban corroyendo subrepticamente su esencia moral. A menudo se encarnaba en doctrinas escépticas, pero con mayor frecuencia y de forma aún más peligrosamente sutil se manifestaba en su falta de conciencia de la mutilación y la humillación que había estado infligiendo a gran parte del mundo. Ahora conocerá la verdad más de cerca.

De entre sus propios hijos surgirán aquellos que acabarán con la esclavitud de esta ilusión, de esta perversión de la fraternidad basada en el egoísmo. Serán dueños de sí mismos como hijos de Dios y no esclavos cautivos de una maquinaria que convierte a las almas en mercancías y divide la vida en compartimentos, que con sus garras de hierro arranca el corazón al mundo y no sabe lo que ha hecho.

Nosotros, los habitantes de las No-Naciones del mundo, que hemos sido humillados, sabremos que el polvo de la humillación es más sagrado que los ladrillos que sostienen el orgullo del poder, pues está preñado de vida, belleza y veneración. Daremos gracias a Dios por que se nos obligara a aguardar en silencio durante la noche de la desesperación, y tuviéramos que soportar el insulto de los orgullosos y las cargas de los poderosos, sin que, durante todo ese tiempo, aunque nuestros corazones temblasen de incertidumbre y miedo, llegáramos a creer ciegamente en la salvación que la maquinaria ofrecía al hombre, aferrándonos a nuestra fe en Dios y la verdad del espíritu humano. Podemos albergar la esperanza de que, cuando el poder se avergüence de su trono y esté dispuesto a ceder su sitio al amor, cuando llegue el día de limpiar las huellas ensangrentadas que la Nación ha

ido dejando por el sendero de la humanidad, seremos elegidos para endulzar la historia del hombre y purificarla con nuestra propia agua bendita, el agua del culto, y santificar con sus fecundas gotas el polvo pisoteado durante siglos.

El nacionalismo en la India

El verdadero problema de la India no es político sino social. Es un mal que no afecta sólo a la India, sino a todas las naciones. No creo que exista un interés exclusivamente político, pero los ideales de Occidente se han regido por la política y en la India intentamos imitarlos. Hemos de recordar que en Europa se dio una unidad racial desde el principio y los recursos naturales eran insuficientes. De ahí que su civilización adquiriera rasgos de agresividad política y comercial, ya que, por un lado, los europeos carecían de problemas internos pero, por otro, tuvieron que lidiar con vecinos poderosos y rapaces. Para solucionar sus problemas buscaron el equilibrio perfecto entre una buena organización interna y la adopción de una actitud de animosidad vigilante frente a los demás. Antes se dedicaban al saqueo organizado; en la actualidad mantienen el mismo espíritu, pero ahora se organizan para explotar al mundo entero.

La India, en cambio, ha tenido un problema fundamental desde los inicios de su historia: el problema racial. Cada nación ha de ser consciente de su misión, y en la India hemos de reconocer que dejamos mucho que desear cuando intentamos actuar políticamente, por la sencilla razón de que aún no hemos logrado resolver las dificultades que nos ha deparado la providencia.

Aquí, en los Estados Unidos, ustedes se enfrentan al mismo problema de unidad racial que nosotros llevamos tantos años intentando solucionar. En este país mucha gente me pregunta sobre las diferencias de castas en la India; pero me lo suelen preguntar con aires de superioridad, y me tienta plantear a los estadounidenses que nos critican la misma pregunta con una ligera modificación: «¿Qué han hecho ustedes con los pieles rojas y los negros?». Ustedes no han dejado de tratarles como si pertenecieran a otras

castas. Han recurrido a la violencia para mantener a distancia a otras razas y, hasta que no hayan resuelto esa cuestión aquí en los Estados Unidos, no tienen derecho a criticar a la India.

La India ha hecho algo al respecto a pesar de todas las dificultades. Ha intentado facilitar la convivencia entre razas, reconociendo las diferencias reales que existen entre ellas sin dejar de buscar una base firme sobre la que cimentar cierta unidad. Han sido algunos de nuestros santos, como Nanak, Kabir y Chaitanya,^[2] los que nos han ayudado a encontrar ese fundamento predicando la existencia de un Dios único a todas las razas de la India.

Al descubrir la solución a nuestro problema habremos contribuido a solucionar asimismo los problemas del mundo. El mundo entero es hoy lo que la India fue en su momento. La ciencia lo está convirtiendo en un solo país, y ha llegado el momento para ustedes de buscar un fundamento no-político en el que basar su unidad. Si la India lograra ofrecer al mundo su solución haría una gran contribución a la humanidad. Sólo hay una historia: la de la humanidad. Las historias nacionales son meros capítulos de la historia general. Y en la India estamos dispuestos a sufrir por tan gran causa.

Todo individuo tiene amor propio; de ahí que sus instintos primitivos le lleven a luchar con los demás para satisfacer sus intereses. Ahora bien, el ser humano también posee instintos más elevados, como la empatía y la solidaridad. Quienes carecen de esta moral superior, y por tanto son incapaces de asociarse entre sí, están condenados a perecer o vivir en la degradación. Sólo han sobrevivido y se han civilizado aquellos pueblos que poseen un fuerte espíritu de cooperación. De ahí que, desde el principio de la historia, los hombres tuvieran que elegir entre hacerse la guerra o asociarse, entre perseguir sus propios intereses o fomentar el interés común.

En las primeras épocas de nuestra historia, cuando apenas había fronteras o vías de comunicación, no parecía un gran problema. Bastaba con que los hombres desarrollaran un sentido de la unidad en el seno de su área de segregación. En aquellos tiempos se asociaban entre sí y luchaban contra otros. Ahora bien, esta moral asociativa fue el auténtico fundamento de su grandeza y fomentó las artes, la ciencia y la religión. En aquellas primeras etapas, lo más importante era que los miembros de una raza concreta

mantuvieran un estrecho contacto entre sí. Los que lo comprendieron, merced a su naturaleza superior, dejaron su impronta en la historia.

Lo más importante de la era actual es la estrecha convivencia entre todas las razas. Una vez más, nos enfrentamos a dos alternativas. Habrá que descubrir si los distintos pueblos seguirán luchando entre sí o descubrirán una base firme para la reconciliación y la ayuda mutua; habrá que ver si prevalecerá la rivalidad o la cooperación.

No tengo reparos en afirmar que quienes estén dotados de la fuerza moral del amor y gocen de una visión de unidad espiritual, quienes sientan menos animadversión hacia los extranjeros y tengan la empatía suficiente como para ponerse en el lugar de los demás, serán los más aptos en la era que nos aguarda. En cambio, quienes desarrollen sin cesar su instinto de lucha y sean intolerantes con los extranjeros serán eliminados. Este es el problema al que nos enfrentamos, y tendremos que demostrar nuestra humanidad resolviéndolo con ayuda de nuestras facultades superiores. Las gigantescas organizaciones creadas para dañar a otros y desviar sus ataques, o para ganar dinero arruinando a los demás, no nos serán de ayuda. Todo lo contrario, debido a su aplastante peso, su enorme coste y su tendencia a insensibilizar a la humanidad, constituirán un serio obstáculo para nuestra libertad en el marco general de una civilización superior.

En los tiempos en que la nación evolucionaba, las fronteras geográficas delimitaban la cultura moral de la fraternidad. Entonces se trataba de fronteras reales; hoy, esas fronteras se han convertido en líneas de tradición imaginarias que no son obstáculos reales. Por consiguiente, ha llegado el momento de que la naturaleza moral de los hombres afronte este problema con seriedad o perezca. La primera consecuencia de este cambio de circunstancias ha sido el despertar de algunas de las más bajas pasiones humanas, como la avaricia y el odio. De mantenerse indefinidamente esta situación, si seguimos acumulando armamento hasta el absurdo, si las máquinas y las fábricas siguen sepultando a este hermoso planeta en mugre, humo y fealdad, acabaremos en una conflagración suicida. De ahí que los hombres deban hacer uso de su capacidad de amar y su clarividencia para realizar un nuevo y gran ajuste moral que abarque al mundo entero y no sólo las distintas nacionalidades. En la actualidad todo individuo debe

prepararse y adecuar su entorno para el amanecer de una nueva era en la que el hombre descubrirá su alma en la unión espiritual de todos los seres humanos.

Si la misión de Occidente consiste en sacarnos de este embrollo, ayudándonos a ascender desde la base de la montaña hasta la cumbre espiritual de la humanidad, los Estados Unidos tienen la misión específica de hacer realidad esta esperanza de Dios y del hombre. Este es el país de las expectativas, donde siempre se desea algo distinto a lo existente. Europa tiene sus sutiles hábitos mentales y sus costumbres pero, por lo pronto, los Estados Unidos no han llegado a ninguna conclusión. Soy consciente de que no están condicionados por las tradiciones del pasado y creo que el pragmatismo norteamericano es un signo de juventud. Su gloria reside más en el futuro que en el pasado y quien tenga el don de la clarividencia amará a los Estados Unidos que aún están por nacer.

Norteamérica está destinada a legitimar la civilización occidental a los ojos de Oriente. Europa ha perdido su fe en la humanidad, se ha vuelto desconfiada y enfermiza. Los norteamericanos, en cambio, no son pesimistas ni cínicos. Lo que les impulsa a ustedes como pueblo es que saben que existe lo bueno y lo mejor. Los hábitos no siempre son pasivos, también pueden ser agresivamente arrogantes; setos de ortigas más que muros. Europa lleva muchos años cultivando hábitos que han crecido fuertes, altos y frondosos a su alrededor. El orgullo que sienten por sus tradiciones ha arraigado profundamente en su corazón. No digo que no tengan motivos, pero toda forma de orgullo acaba cegándonos. Su efecto, como el de cualquier estimulante artificial, es agudizar la conciencia. Pero, en dosis mayores, la enturbia provocando una exaltación engañosa. Ese orgullo ha ido endureciendo paulatinamente los hábitos internos y externos de Europa. No es ya que no consiga olvidar que es occidental, sino que aprovecha toda ocasión para utilizar este hecho como un arma arrojadiza y humillar a los demás. De ahí que sea cada vez menos capaz de enseñar a Oriente lo mejor de sí misma y de aceptar de buena fe la sabiduría que hemos atesorado durante siglos.

En los Estados Unidos los hábitos nacionales y tradiciones aún no han tenido tiempo de agarrar los corazones con sus ávidas raíces. Ustedes

padecen cuando sienten que su nomadismo siempre insatisfecho les sitúa en desventaja frente a las asentadas tradiciones europeas. Europa proyecta una imagen de grandeza firmemente arraigada en el pasado. Pero en esta época de transición, en una nueva etapa de la civilización, que hace un llamamiento a todos los pueblos del mundo para establecer un futuro sin barreras, esa misma capacidad de distanciamiento les permitirá aceptar la invitación y alcanzar la meta hacia la que tendía Europa al principio de su trayectoria, antes de perderse a mitad de camino. Fueron su orgullo, su poder y su codicia los que la sacaron de su senda.

Lo que les capacita a ustedes para recoger el testigo de la civilización no es sólo la rigidez de hábitos mentales de la que carece el individuo en su país, sino también la ausencia de episodios turbios en su historia. Todas las grandes naciones de Europa tienen sus víctimas en otras partes del mundo, lo que no sólo atrofia su empatía moral, sino también su empatía intelectual, tan necesaria para entender a razas diferentes a la nuestra. Los ingleses jamás llegarán a entender a la India porque no pueden pensar en ella desinteresadamente. Si comparamos a Inglaterra con Alemania o Francia, comprobaremos que en la primera ha habido muchos menos estudiosos que hayan abordado la literatura y la filosofía hindúes con un mínimo de profundidad y rigor. Esta actitud apática y despectiva es natural cuando las relaciones no son normales y se basan en el egoísmo y el orgullo nacionales. Su historia, en cambio, sí ha sido desinteresada, y eso les ha hecho capaces de ayudar a Japón con sus lecciones de civilización occidental; esa es la razón por la que también China confía en ustedes en este, su momento más oscuro y peligroso. Ustedes tienen la responsabilidad de conquistar un gran futuro, precisamente porque no se ven constreñidos por la mezquina codicia del pasado. De ahí que, de todos los países de la Tierra, Estados Unidos debería ser el más consciente de este futuro; no debe perder la perspectiva, y su fe en la humanidad debe dotarse de la energía de la juventud.

Existe un paralelismo entre los Estados Unidos y la India: ambos constituyen un cuerpo en el que se funden razas diversas.

En mi país hemos intentado descubrir algo común a todas las razas que demuestre su unidad real. No es una solución que satisfaga a ninguna

nación que pretenda fundamentar su unidad en lo meramente político o comercial. Los pensadores y hombres de acción descubrirán esa unidad espiritual, serán conscientes de ella y la predicarán.

En realidad, la India nunca ha asimilado el nacionalismo. Aunque a mí se me enseñó desde la infancia que el culto a la nación era casi mejor que reverenciar a Dios y a la humanidad, creo haber superado esas enseñanzas. Estoy convencido de que mis compatriotas recobrarán la India luchando contra una educación que les enseña que un país es más importante que los ideales de la humanidad.

El hindú culto de hoy en día intenta asimilar algunas lecciones de historia que contradicen lo que nos enseñaron nuestros antepasados. De hecho, Oriente intenta adoptar una historia que no procede de sus propias vivencias. Japón, por ejemplo, cree que adoptar métodos occidentales le hará poderoso, pero cuando haya acabado con su legado lo único que le quedará serán las armas que tomó prestadas de la civilización; no habrá evolucionado desde dentro.

Europa tiene un pasado, de ahí que su fuerza radique en su historia. En la India debemos convencernos de que no podemos tomar prestada la historia de otros pueblos y de que ignorar la nuestra sería un suicidio. Lo que se toma prestado y no forma parte de nuestras vidas sólo sirve para destruirla.

De ahí que en mi opinión a la India no le haga ningún bien competir con la civilización occidental en su propio terreno. Nuestros esfuerzos se verán sobradamente recompensados si seguimos nuestro propio camino, ignorando la avalancha de insultos que recibamos.

Hay lecciones que nos brindan información o que preparan nuestras mentes para las actividades intelectuales. Son sencillas y se pueden asimilar y aprovechar al máximo. Pero hay otras que inciden sobre nuestra esencia modificando el rumbo de nuestras vidas. Antes de aceptarlas y empeñar nuestro legado para pagarlas, debemos hacer un alto y reflexionar. En la historia de la humanidad hay épocas en las que los fuegos artificiales nos deslumbran con su intensidad y dinamismo, burlándose no sólo de nuestros modestos faroles domésticos sino también del firmamento eterno. No permitamos que esa provocación precipite el deseo de deshacernos de

nuestros faroles. Soportemos pacientemente la ofensa actual y démonos cuenta de que esos fuegos artificiales son espléndidos pero inestables en razón de un carácter explosivo, al que deben su potencia, pero también su agotamiento. Consumen cantidades fatales de materia y energía que no compensan su coste y producción.

Nuestros ideales han evolucionado adecuándose a nuestra propia historia y sólo podríamos fabricar con ellos unos fuegos artificiales muy pobres que están hechos de materiales distintos a los de ustedes y tienen otra finalidad moral. Acariciar la idea de invertir todos nuestros recursos en la adquisición de una nacionalidad política sería tan absurdo como que Suiza consagrara su existencia a construir una flota capaz de competir con la inglesa. Pensar que la única vía de la que dispone el hombre para alcanzar la grandeza es esa que hasta ahora se ha hecho dolorosamente evidente por la profundidad de su insolencia es un error.

Tenemos que tener la certeza de que el futuro que nos aguarda será de quienes son ricos en ideales morales y no sólo en meras posesiones materiales. Es privilegio de todo hombre trabajar en pos de metas que están más allá de su alcance inmediato, no adaptándose servilmente a los modelos de éxito del presente ni a los de un pasado prudente pero limitado en sus aspiraciones, sino a un futuro infinito portador de nuestras mayores esperanzas.

Tenemos que reconocer que ha sido providencial que Occidente viniera a la India. No obstante, alguien tiene que mostrarle Oriente a Occidente, y convencerle de que tiene su propia contribución que hacer a la historia de la civilización. Pese a lo que crea Occidente, la India no quiere su caridad. No soy partidario de rechazar la civilización occidental y segregarnos tras nuestra independencia. Asociémonos estrechamente. Si la Providencia quiere que Inglaterra sea el instrumento de esa comunicación, estoy dispuesto a aceptarlo con toda humildad. Tengo una gran fe en la naturaleza humana, y creo que Occidente acabará hallando su auténtica misión. Hablo con amargura de la civilización occidental cuando me doy cuenta de que está traicionando su fe y frustrando su propia meta. Occidente no debe convertirse en una maldición para el mundo utilizando su poder para satisfacer sus propias necesidades egoístas, sino instruir a los ignorantes y

ayudar a los débiles, salvándose así del peor peligro que acecha a los fuertes que dejan a los débiles adquirir el poder suficiente como para resistirse a su intrusión. Occidente tampoco debe hacer del materialismo su meta final, sino darse cuenta del servicio que presta al emancipar el espíritu de la tiranía de la materia.

Yo no me opongo a una nación concreta, sino a la idea general de nación. ¿Qué es la nación?

Es un pueblo entero como poder organizado que alimenta sin cesar la insistencia de la población en hacerse fuerte y eficiente. Ahora bien, este extenuante esfuerzo agota la energía de las facultades superiores del hombre, que le hacen abnegado y creativo. La capacidad de sacrificio del ser humano se aleja así de su objetivo supremo, que es moral, para orientarse hacia el mantenimiento de una organización que es mecánica. Y sin embargo, experimenta en todo ello la plena satisfacción de la exaltación moral, lo que le vuelve sumamente peligroso para la humanidad. Al transferir su responsabilidad a esta máquina, que es una creación de su intelecto y no de su persona moral, se libra del aguijón de su conciencia. Un pueblo amante de la libertad perpetúa orgullosamente la esclavitud en gran parte del mundo con la cómoda sensación del deber cumplido, y hombres justos por naturaleza pueden ser cruelmente injustos tanto en sus actos como en su pensamiento, pensando que contribuyen así a dar al mundo lo que merece. Hombres honrados pueden seguir despojando a otros de sus derechos humanos en aras de su propio engrandecimiento a la vez que insultan a los menesterosos por no ser dignos de mejor trato. En nuestra vida cotidiana incluso hemos visto cómo pequeñas organizaciones empresariales y profesionales insensibilizan a hombres que no son malos por naturaleza, y podemos imaginar fácilmente los trastornos morales que esto causa en un mundo en el que pueblos enteros se organizan frenéticamente de cara a la obtención de poder y riqueza.

El nacionalismo es una gran amenaza. Ha estado en la raíz de los problemas de la India durante años. Y en la medida en que nos hemos visto gobernados y dominados por una nación que actúa en términos estrictamente políticos, hemos intentado tener fe en nuestro eventual destino político a despecho de nuestra tradición.

En la India existen partidos diferentes con ideas diferentes. Los hay que luchan por la independencia política. Otros creen que aunque aún no es el momento, la India debería gozar de los mismos derechos que las colonias inglesas y desean obtener una autonomía lo más amplia posible.

En los comienzos de la historia de la agitación política en la India no existía el conflicto entre partidos que prevalece hoy. En aquella época había un partido denominado el Congreso Indio^[3] que carecía de verdadero programa. Planteaba quejas a las autoridades. Quería mayor representación en el Consejo y un mayor margen de maniobra para los gobiernos locales. No me entusiasaban sus métodos porque se limitaban a pedir migajas sin aportar ninguna idea constructiva. Yo estaba convencido de que lo que la India necesitaba eran iniciativas constructivas surgidas de su propio seno. Todos hemos de comprometernos con esas iniciativas y seguir cumpliendo con deberes que son nuestros por derecho, enfrentándonos a persecuciones pero obteniendo victorias morales a cada paso a base de fracasos y sufrimientos. Tenemos que demostrar a quienes están por encima de nosotros que tenemos el poder de la fuerza moral, la capacidad de sufrir por la verdad. Allí donde no tenemos nada que demostrar, sólo podemos mendigar. Sería nocivo que se nos concedieran de inmediato los dones que deseamos. He pedido una y otra vez a mis compatriotas que se asocien no para mendigar sino para dar salida a nuestro espíritu de sacrificio.

El partido del Congreso, sin embargo, perdió influencia porque la gente se dio cuenta muy pronto de lo fútil que era la política de medias tintas que había adoptado. Se escindió^[4] y entonces los extremistas abogaron por la independencia de acción y por dejar de pedir, el método más sencillo para que cada cual se desentienda de su responsabilidad hacia el país. Sus ideas se basaban en la historia occidental. No entendían en absoluto los problemas concretos de la India, ni reconocían el hecho manifiesto de que ciertos aspectos de nuestra organización social impedían a los hindúes lidiar con los extranjeros. ¿Qué habría sido de nosotros si, por el motivo que fuese, se hubieran marchado los ingleses? Nos habríamos convertido en víctimas de otras naciones a causa de nuestra debilidad social. En la India hay que acabar con las costumbres sociales e ideas que han producido esta falta de respeto hacia nosotros mismos y la dependencia absoluta de quienes

están por encima de nosotros. Hay que acabar con un estado de cosas que se debe por entero al predominio del sistema de castas y al hábito ciego y perezoso de depender de unas tradiciones que en la actualidad son anacronismos incongruentes.

Quiero volver a llamar su atención sobre las dificultades con las que se ha topado la India y su esfuerzo por superarlas. El problema que tenía es el problema al que se enfrenta hoy el mundo entero. La India es demasiado grande y reúne a demasiadas razas. Es muchos países en un único continente geográfico. En realidad es lo contrario de Europa, un país dividido en muchos. Así, la cultura y el desarrollo europeos no sólo han contado con la ventaja de la diversidad sino también con la de la unidad. La India, por el contrario, al ser diversa en esencia, y unitaria sólo de forma accidental, ha padecido continuamente la holgura de su diversidad y la fragilidad de su unidad. Una auténtica unidad es como una esfera; rueda sin cesar y soporta su carga con facilidad. Sin embargo, la diversidad tiene muchas aristas y hay que arrastrarla y empujarla con todas nuestras fuerzas. En honor a la verdad, la diversidad de la India no fue creación propia; le fue impuesta desde los comienzos de su historia. En los Estados Unidos y Australia, Europa simplificó el problema exterminando a casi toda la población originaria. Este espíritu de exterminio se aprecia aún hoy cuando quienes fueron extranjeros en las tierras que ahora ocupan cierran sus puertas a los extranjeros negándoles su hospitalidad. La India, sin embargo, toleró la diferencia de razas desde el principio y ese espíritu de tolerancia ha sido una constante a lo largo de su historia.

El sistema de castas es el fruto de este espíritu de tolerancia. La India ha estado experimentando durante toda su historia para alcanzar una unidad social en cuyo seno pudieran convivir los diferentes pueblos disfrutando plenamente al mismo tiempo de la libertad de conservar sus diferencias. El vínculo ha sido lo más laxo posible y lo más estrecho que permitieran las circunstancias. El resultado ha sido algo afín a unos Estados Unidos surgidos de una federación social cuyo nombre es hinduismo.

La India creyó que, por muchos inconvenientes que tuviera, la diversidad de razas tenía su razón de ser y no podemos encajar a la naturaleza en los estrechos límites de lo que nos es más cómodo sin pagar

algún día un precio muy alto. Tenía razón, pero de lo que no se dio cuenta fue de que las diferencias entre seres humanos no son inamovibles, como las cordilleras de una montaña: fluyen con la vida y cambian continuamente de curso, forma y volumen.

De ahí que en su reglamentación de las castas, la India reconociera diferencias pero no esa mutabilidad que es ley de vida. Para evitar conflictos levantó barreras inamovibles, dando así a sus muchas razas el beneficio negativo de la paz y el orden pero no oportunidades positivas de expansión y movimiento. Aceptó la diversidad de la naturaleza, pero volvió la espalda a su juego universal de permutaciones y combinaciones infinitas. Fue veraz con la vida allí donde era diversa, pero la insultó a lo que tiene de mudable. De ahí que la vida abandonara su sistema social y en su lugar rinda culto, con gran ceremonia, a la magnífica jaula de infinitos compartimentos que ha fabricado.

Lo mismo sucedió allí donde intentó evitar conflictos entre intereses comerciales. Asoció diferentes oficios y profesiones a distintas castas, disipando para siempre las envidias y odios sin fin de la competencia, que engendra crueldad y enrarece el ambiente con mentiras y engaños. También aquí la India puso todo el énfasis en la tradición, ignorando la ley del cambio, lo que redujo poco a poco las artes a artesanía y el genio a destreza.

Ahora bien, lo que los observadores occidentales no logran discernir es que la India asumió el sistema de castas con toda seriedad y responsabilidad para resolver el problema racial evitando roces y ofreciendo al mismo tiempo a cada raza libertad en su seno. Admitamos que el éxito no ha sido total. Sin embargo, también tendrán que reconocer que Occidente, en mejor situación en lo que a homogeneidad racial se refiere, nunca ha prestado atención a este problema y, siempre que ha tenido que afrontarlo, ha intentado resolverlo fingiendo que no existe. Y esta es la fuente de esa agitación antiasiática que pretende privar a los extranjeros del derecho a ganarse la vida honradamente en estas tierras. En la mayoría de sus colonias, ustedes sólo admiten a los asiáticos a condición de que acepten los serviles oficios de leñadores y aguadores. O cierran sus puertas a los extranjeros o los reducen a la esclavitud. Y esa es su solución al problema de los conflictos raciales. Sean cuales fueren sus méritos, tendrán que

reconocer que esa solución no brota de los impulsos superiores de la civilización, sino de las bajas pasiones de la codicia y el odio. Según ustedes, la naturaleza humana es así, pero la India también creía conocer la naturaleza humana cuando quiso proteger las diferencias raciales mediante las barreras inamovibles de la estratificación social. Pero hemos descubierto a nuestra costa que la naturaleza humana no es lo que parece, sino lo que es, porque lo que es reside en sus infinitas posibilidades. Y cuando, sumidos en nuestra ceguera, insultamos a la humanidad por su apariencia andrajosa, esta se quita su disfraz para revelarnos que hemos insultado a nuestro Dios. La degradación a la que, por orgullo o egoísmo, sometemos a otros envilece nuestra propia humanidad, y este es el peor de los castigos, porque no nos damos cuenta de ello hasta que es demasiado tarde.

No es ya que ustedes no hayan alcanzado la armonía que surge de la reconciliación en su relación con los extranjeros, tampoco hay armonía entre los diferentes sectores de su propia sociedad. Al espíritu de conflicto y competencia se le concede plena libertad para seguir su insensato curso. Y puesto que su raíz es la ambición de riqueza y poder, no puede tener otro fin que la muerte violenta. En la India la producción de mercancías se sometió a la ley del ajuste social, que se basaba en la cooperación, y su objetivo era la satisfacción perfecta de las necesidades sociales. En cambio, en Occidente la producción de mercancías se rige por el impulso de la competencia, cuyo fin es que los individuos se enriquezcan. Pero el individuo es como una línea geométrica; no tiene profundidad suficiente para aferrarse a nada de forma permanente. De ahí que su codicia o su provecho nunca pueden llegar a término. En su proceso de crecimiento y expansión puede cruzarse con otras líneas y enredarse en ellas, pero en su estrecho aislamiento nunca podrá alcanzar el ideal de plenitud.

Nuestros apetitos físicos tienen un límite, y sabemos que rebasarlos es exceder el límite de lo saludable. Pero ¿acaso la ambición de riqueza y poder no tiene unos límites tras los que se encuentran los dominios de la muerte? En estos carnavales nacionales de materialismo, ¿acaso los pueblos de Occidente no están invirtiendo su energía vital en la mera producción de cosas olvidándose de crear ideales? ¿Puede una civilización dar la espalda a la ley de la salud moral y continuar atiborrándose de cosas materiales en un

proceso de inflación interminable? Los ideales sociales del hombre pretenden regular sus apetitos subordinándolos a los fines superiores de su naturaleza. En el mundo de la economía, sin embargo, nuestros apetitos no obedecen a más restricciones que las de la oferta y la demanda, que pueden fomentarse de modo artificial y ofrecer a los individuos oportunidades para entregarse a interminables festines de ordinariez. En la India, nuestros instintos sociales impusieron restricciones a nuestros apetitos (quizá hasta el extremo de la represión), pero en Occidente el espíritu de organización económica desprovisto de finalidad moral incita a la gente a la búsqueda incesante de riqueza. Ahora bien, ¿no existe un límite saludable?

Las ideas intentan encarnarse en instituciones sociales con dos objetivos. El primero es regular nuestras pasiones y apetitos de cara al desarrollo armonioso del ser humano, y el segundo ayudarnos a cultivar un amor desinteresado hacia nuestros semejantes. Por consiguiente, la sociedad es la expresión de las aspiraciones morales y espirituales del hombre que forman parte de sus facultades superiores.

Nuestra alimentación crea y desarrolla nuestro cuerpo; no así el vino, que sólo estimula. Nuestras ideas sociales crean el universo humano, pero cuando nuestra mente se aparta de ellas y se orienta hacia el ansia de poder, nos intoxicamos y vivimos en un universo anómalo donde nuestra fuerza no es salud y nuestra libertad no es tal. Un automóvil no crea libertad de desplazamiento porque no es más que una máquina, pero siendo libre, puedo utilizar el automóvil para los fines que determine mi libertad.

No debemos olvidar jamás que en la actualidad los pueblos que gozan de libertad política no son necesariamente libres: sólo son poderosos. Las pasiones a las que dan rienda suelta están creando inmensas organizaciones de esclavitud bajo una apariencia de libertad. Quienes han convertido la obtención de dinero en su meta suprema están vendiendo, sin saberlo, sus vidas y sus almas a las personas ricas y los grupos industriales que representan al dinero. Aquellos que están enamorados de su poder político y se regodean extendiendo su dominio sobre razas extranjeras, entregan poco a poco su propia libertad y humanidad a las organizaciones imprescindibles para mantener esclavizados a otros pueblos. En los llamados países libres, la mayoría de las personas no son libres; una minoría las dirige hacia una

meta que ni siquiera conocen. Esto sólo es posible porque la gente no tiene como objetivo la libertad moral y espiritual. Sus pasiones levantan inmensos torbellinos, y les embriaga la mera velocidad del movimiento, que confunden con la libertad. Pero les espera una ruina tan segura como la muerte, ya que la verdad del hombre es la verdad moral y su emancipación reside en la vida espiritual.

La opinión más extendida entre los nacionalistas indios contemporáneos es que nuestras ideas sociales y espirituales han alcanzado su plenitud definitiva, pues la tarea de organización social culminó varios miles de años antes de que naciéramos, y ahora somos libres de orientar toda nuestra actividad hacia la política. Nunca se nos pasa por la cabeza culpar a los defectos de nuestra sociedad de nuestra actual indefensión, porque hemos aceptado como artículo de fe de nuestro nacionalismo que nuestros antepasados, que tenían una perspectiva trascendente de la eternidad y una capacidad sobrenatural para hacer previsiones infinitas de cara al futuro, perfeccionaron este sistema social de una vez por todas. Por consiguiente, achacamos la responsabilidad de todas nuestras miserias y deficiencias a las sorpresas históricas que nos ha deparado el exterior. De ahí que creamos que nuestra única tarea consiste en asentar un milagro de libertad política sobre las arenas movedizas de la esclavitud social. De hecho, pretendemos frenar el auténtico curso de nuestra historia actual, limitándonos a adoptar las formas políticas de otros pueblos.

En la India, quienes se engañan pensando que la mera libertad política nos hará libres han aceptado como dogma de fe las lecciones de Occidente y han perdido la fe en la humanidad. Tengamos presente que toda debilidad de nuestra sociedad se convertirá en una fuente de peligro político. La misma inercia que nos lleva a idolatrar instituciones sociales fosilizadas creará barreras inamovibles en nuestra vida política. Nuestra política adolecerá de esa falta de empatía que nos permite imponer a una parte considerable de la humanidad el irritante yugo de la inferioridad y desembocará en la tiranía de la injusticia.

Cuando nuestros nacionalistas hablan de ideales se olvidan de que carecemos de los fundamentos del nacionalismo. Las personas que defienden estos ideales son las más conservadoras en su práctica social. Los

nacionalistas dicen: fijaos en Suiza donde, a pesar de las diferencias raciales, el pueblo ha creado una nación. No obstante, recordemos que en Suiza las razas pueden mezclarse porque comparten la misma sangre. En la India no existe ningún derecho común a todos. Y cuando hablamos de nacionalidad occidental olvidamos que esas naciones no sienten unas por otras la repulsión física que existe entre nuestras castas. ¿Acaso algún pueblo, al que no se le permita mezclarse, vertería su sangre por sus compatriotas si no es bajo coacción o con fines mercenarios? ¿Cabe esperar que las barreras morales que impiden nuestra fusión racial no obstaculicen nuestra unidad política?

En tal caso hemos de reconocer que nuestras restricciones sociales siguen siendo tiránicas hasta el punto de convertir a los hombres en cobardes. Si alguien me dice que sus ideas son heterodoxas pero que no puede ponerlas en práctica porque se le condenaría al ostracismo social, puedo disculparle por tener que llevar una vida basada en la mentira para poder seguir viviendo. El hábito social que nos impulsa a convertir la vida de nuestros semejantes en una carga para ellos cuando difieren de nosotros en cuestiones como lo que deciden comer, perdurará en nuestra organización política creando dispositivos de coacción que aplasten ese indicio de vida que supone toda forma de pluralidad. La tiranía no hará sino agravar la inevitable mendacidad e hipocresía de nuestra vida política. ¿Acaso el mero nombre de la libertad es tan valioso que deberíamos estar dispuestos a sacrificar en aras de ella nuestra libertad moral?

Cuando estamos llenos del vigor de la juventud la intemperancia de nuestros hábitos no nos pasa factura inmediatamente. No obstante, va consumiendo paulatinamente ese vigor y, cuando llega la vejez, tenemos que saldar cuentas y pagar nuestras deudas, lo que nos condena a la insolvencia. Ustedes en Occidente aún pueden llevar la cabeza bien alta, pese a que su humanidad sufre a cada instante como consecuencia de su adicción al poder organizador. En el apogeo de su juventud la India también cargó en sus entrañas con el peso muerto de su organización social, fosilizada en una rígida perfección, pero eso ha sido fatal para ella pues ha conducido a una parálisis progresiva de su vitalidad. De ahí que la comunidad culta de la India se haya vuelto insensible a las necesidades

sociales del país. Consideran que la inmutabilidad de nuestras estructuras sociales es un claro indicio de su perfección, y como los miembros de nuestro organismo social están embotados y son incapaces de experimentar un dolor saludable, se engañan a sí mismos creyendo que no necesita atención alguna. Así pues, consideran que sólo han de volcar sus energías en el terreno político. Recuerdan a un hombre cuyas piernas inútiles se hubieran atrofiado intentando engañarse a sí mismo diciéndose que no se mueven porque han alcanzado la salvación última y que su único problema es que sus bastones son demasiado cortos.

Hasta aquí en lo que se refiere a la regeneración social y política de la India. Pasemos a ocuparnos de sus industrias. A menudo me preguntan si desde el advenimiento del gobierno británico ha habido en la India alguna regeneración industrial. Conviene recordar que, en un principio, los británicos arrasaron nuestra industria y que no hemos recibido ningún incentivo o ayuda real desde entonces para hacer frente a las monstruosas organizaciones comerciales del mundo. Las naciones han decretado que sigamos siendo un pueblo exclusivamente agrícola e incluso que renunciemos al uso de las armas por toda la eternidad. Se ha convertido a la India en bocados de comida predigerida, listos para que los devoren hasta las naciones con la dentadura más rudimentaria.

De ahí que la India tenga muy pocas salidas para su originalidad industrial. Personalmente no me convencen las organizaciones actuales por su falta de flexibilidad. Su misma fealdad da fe de que están reñidas con la creación en su conjunto. El inmenso poder de la naturaleza no se revela en el espanto, sino en la belleza. La belleza es la firma que estampa el Creador en sus obras cuando le satisfacen. Lo que creamos haciendo caso omiso insolentemente de las leyes de la perfección y exhibiendo desvergonzadamente su tosquedad incurrirá eternamente en el desagrado Divino. El comercio es falso en la medida en que carece de la dignidad de la elegancia. La Belleza, y su hermana gemela, la Verdad, requieren ocio y autocontrol para crecer. Ahora bien, el ansia de beneficios no conoce límites temporales ni espaciales. Su único objetivo es producir y consumir. No se apiada ni de la belleza natural ni de los seres humanos. Con tal de convertirlos en dinero está dispuesta a arrancarles implacablemente vida y

belleza sin vacilar un instante. Fue esta fea vulgaridad del comercio la que nos hizo despreciarlo en las primeras épocas de nuestra historia, cuando los hombres disponían del ocio suficiente para tener una visión transparente de la perfección humana. En aquellos tiempos los hombres se avergonzaban con razón del instinto meramente crematístico. Sin embargo, en esta era científica se ha entronizado al dinero, debido a su sobreabundancia. Y cuando desde la eminencia de su acumulación ofende a las facultades superiores del hombre, desterrando a la belleza y los sentimientos nobles lejos de su entorno, nos sometemos a él, aceptando mezquinamente sus sobornos y postrando nuestra imaginación ante su inmensidad.

Los verdaderos signos de su fracaso son su propia rigidez y su complejidad infinita. El nadador experto no exhibe su fuerza muscular mediante movimientos violentos; lo que exhibe es una fuerza invisible que se manifiesta en una elegancia y relajación perfectas. Lo que de verdad distingue a los hombres de los animales es su fuerza y su valor, interiores e invisibles. Sin embargo, la civilización comercial actual no sólo está ocupando demasiado tiempo y espacio sino que está acabando con ellos. Se mueve con violencia en medio de ruidos estridentes. Es portadora de su propia ruina porque pisotea a la misma humanidad de la que depende hasta volverla irreconocible. Produce afanosamente dinero a expensas de la felicidad. A fin de dejar el mayor espacio posible para sus organizaciones, el hombre se encoge al máximo, ridiculizando sus sentimientos humanos y avergonzándose de ellos porque se interponen en el camino de sus máquinas.

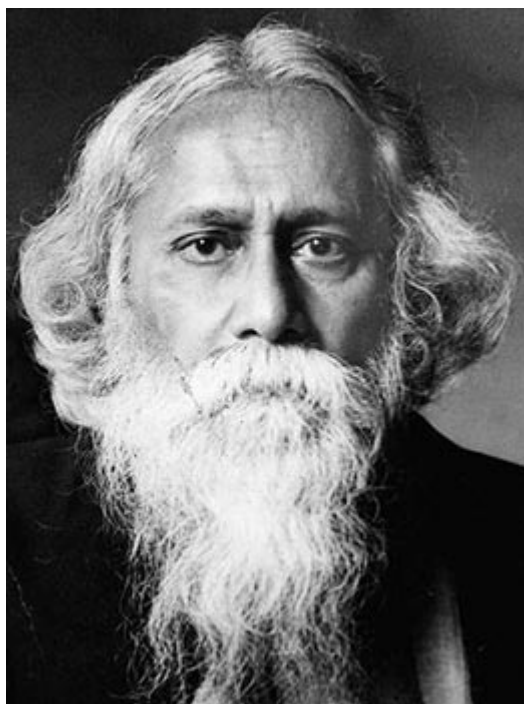
Según una leyenda de nuestra mitología, el penitente que quiera alcanzar la inmortalidad debe superar las tentaciones que le envía Indra, Señor de los Inmortales. Si cae en ellas, está perdido. Occidente lleva siglos esforzándose por alcanzar la inmortalidad. Indra le tienta con espléndidas riquezas para ponerle a prueba. Occidente ha caído en la tentación y su civilización se ha extraviado en el bosque de la maquinaria.

Este mercantilismo, revestido de barbarie y fealdad, es una amenaza terrible para toda la humanidad porque antepone el ideal del poder al de la perfección. En su desnuda desvergüenza, exalta el culto al egoísmo. Nuestros nervios son más delicados que nuestros músculos. Lo más valioso

que tenemos queda indefenso como un bebé cuando le retiramos los cuidados que nos exige precisamente por ser valioso. Por lo tanto, cuando el poder, insensible y tosco, hace estragos en el ancho mundo de la humanidad espanta con su ordinariez los ideales que hemos conquistado gracias a siglos de martirio.

Las tentaciones que resultan fatales para los fuertes lo son más todavía para los débiles. No las quiero en nuestra vida hindú aunque las haya enviado el Señor de los Inmortales. Que nuestra vida sea exteriormente sencilla y rica en beneficios interiores. Que nuestra civilización se defienda basándose en la solidaridad social y no en la explotación económica y el conflicto. Los pensadores de todas las naciones orientales que tienen fe en el espíritu humano deben dilucidar cómo hacer frente a los dragones de la economía que devoran nuestra vida. Aceptar condiciones que nos imponen otros con ideales distintos a los nuestros es un indicio de pereza e impotencia. Deberíamos lograr que las potencias mundiales contribuyeran activamente a guiar nuestra historia hacia su propio final perfecto.

De lo anterior habrán deducido ustedes que no soy economista. Estoy dispuesto a reconocer que existe una ley de la oferta y la demanda y que el hombre se encapricha de más cosas de las que le convienen. No obstante, insisto en creer que la humanidad es capaz de la armonía de una plenitud en la que la pobreza no le priva de riquezas, la derrota puede conducirle a la victoria, la muerte a la inmortalidad y en la que quienes son los últimos aún pueden ver transformado el insulto en un triunfo dorado gracias a la Justicia Eterna.



RABINDRANATH TAGORE, (Calcuta, 7 de mayo de 1861 - 7 de agosto de 1941) fue un poeta bengalí, poeta filósofo del movimiento Brahma Samaj (posteriormente convertido al hinduismo), artista, dramaturgo, músico, novelista y autor de canciones que fue premiado con el Premio Nobel de Literatura en 1913, convirtiéndose así en el primer laureado no europeo en obtener este reconocimiento.

Tagore revolucionó la literatura bengalí con obras tales como *El hogar y el mundo* y *Gitanjali*. Extendió el amplio arte bengalí con multitud de poemas, historias cortas, cartas, ensayos y pinturas. Fue también un sabio y reformador cultural que modernizó el arte bengalí desafiando las severas críticas que hasta entonces lo vinculaban a unas formas clasicistas. Dos de sus canciones son ahora los himnos nacionales de Bangladés e India: el *Amar Shonar Bangla* y el *Jana-Gana-Mana*. El de la India con música del maestro Francisco Casanovas.

Tagore, quien desde muy pronto estuvo en contacto con la sociedad y la cultura europeas, «se convirtió a todos los efectos en uno de los

observadores más lúcidos y en uno de los críticos más severos de la europeización de la India».

Notas

[1] Unos doscientos tratados en prosa y en verso sobre filosofía metafísica que datan de alrededor del año 400 a. C. <<

[2] Nanak (1469-1533), Kabir (1440-1518), Chaitanya (1485-1533). <<

[3] El Congreso Nacional Indio se fundó en 1885. <<

[4] En 1907, durante el congreso anual del Congreso Nacional Indio celebrado en Surat. <<